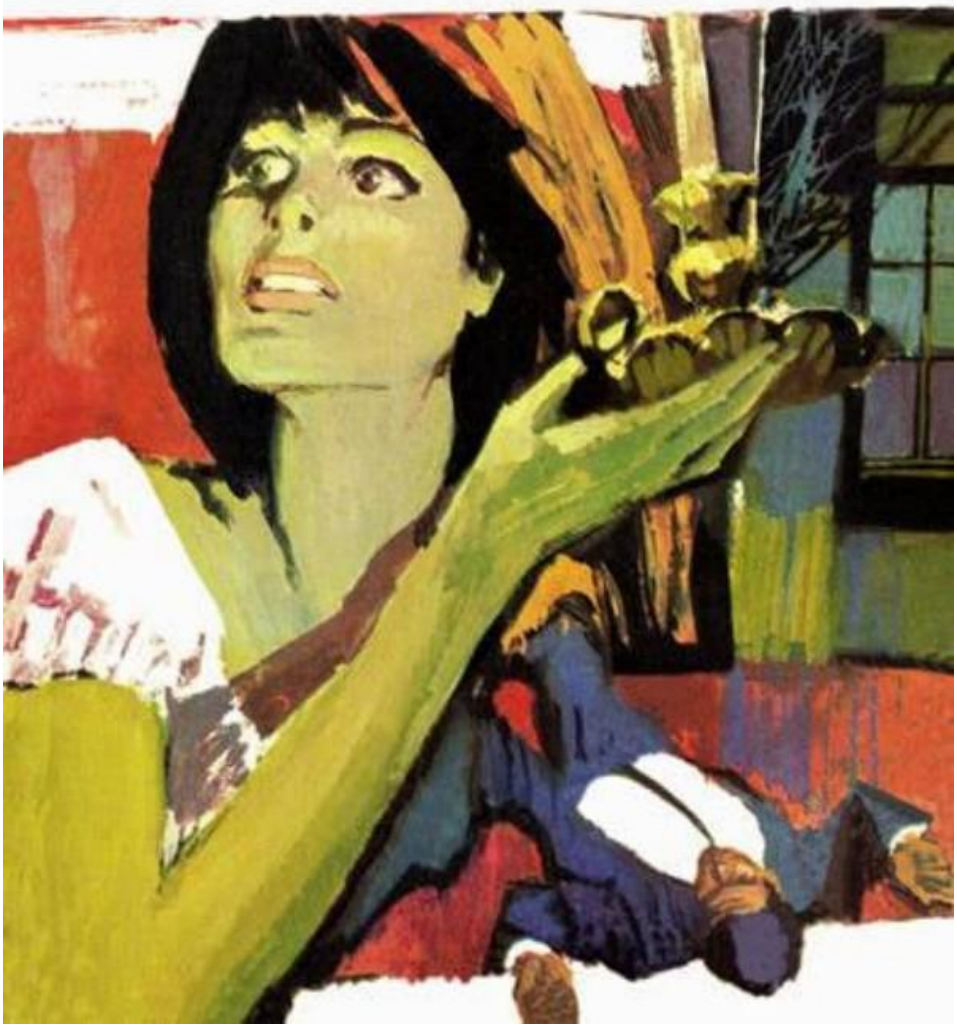
PUNTO ROJO BB

asesina en la neblina

peter debry



COLECCION

PUNTO ROJO

PETER DEBRY

ASESINA EN LA NEBLINA

Colección PUNTO ROJO n.° 401
Publicación semanal
Aparece los SÁBADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito Legal B 38.291 −1969
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: diciembre, 1969

© PETER DEBRY - 1969
sobre la parte literaria

© DESILO −1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
1.127. — Ella y los brutos.
En Colección SERVICIO SECRETO:
1.001. — Damas de la mafia.
En Colección BÚFALO:
818. — Un juez expeditivo.
En Colección CALIFORNIA:
623. — Tiros por la culata.
En Colección SALVAJE TEXAS:
614. — Legionarios del «Colt».
En Colección COLORADO:
462. — Telón de plomo.
En Colección PUNTO ROJO:
392. — El cadáver de las trece.
En Colección ASES DEL OESTE:
374. — Kentucky Joe.
En Colección BRAVO OESTE:
413. — Mercenarios del plomo.
En Colección KANSAS:
552. — Matón provisional.

CAPÍTULO PRIMERO

ALEX KIMBER intentaba pensar pero era un esfuerzo inútil. Estaba envuelto en una niebla vaporosa, alcohólica.

—Lo que necesito es otro trago —dijo gravemente.

Extrajo de su bolsillo el fajo de billetes. Ya no era tan grande, debido a que se había pasado la tarde manoseándolo de bar en bar.

Pero consiguió alisar dos billetes arrugados sobre el cristal de la mesa. Se inclinó para mirarlos mejor. No cabía duda. Solamente eran dos.

Los últimos vestigios de su capital y era preciso que el alcohol hiciese efecto dos veces más aprisa que de costumbre, si quería alcanzar el estado de dulce euforia antes que sus fondos quedasen agotados.

Naturalmente existían bares menos caros, pero únicamente era el bar más elegante el que le convenía a aquella hora del Crepúsculo, con mayúscula. El crepúsculo de todo.

Las mesas con cristal bruñido, las banquetas mullidas y la penumbra eran detalles indispensables. Nunca había topado ningún bar tan oscuro en esta parte civilizada del infierno que llamaban Londres.

Sin embargo había explorado toda clase de bares por toda clase de países.

Por unos momentos tuvo la sensación de hallarse solo en el mundo hasta que la sombra de un camarero emergió de las tinieblas por un breve instante. El preciso para depositar en su mesa un whisky y recoger uno de los billetes.

Alex Kimber sin mirar, sabía que no había casi nadie en el local. Poca gente se dedica a emborracharse deliberadamente en un bar elegante de Londres, a media tarde.

—¿Puedo sentarme?

La pregunta llegó sin más preámbulos. No era raro que se oyesen voces en la niebla de la embriaguez.

Kimber hizo un gran esfuerzo para apartar su atención del vaso y alzar los ojos. La oscuridad se disipaba algo, si se concentraba. Valía la pena concentrarse.

El semblante y la silueta frente a él pertenecían sin la menor duda a una mujer, una mujer muy elegante, que agregaba:

—Está muy solo. Podríamos unir nuestras soledades.

En el punto alcohólico en que se hallaba, Kimber acogía sin discusión todo lo que se presentaba, fuera desastroso, agradable o sin importancia.

Y he aquí que surgía aquella mujer. Una preciosidad de mujer. Se instalaba en la banqueta ante él, esparciendo su melena de cobre dorado tan cerca de su olfato que el aroma a hierba y primavera le aturdió aún más.

Y ella se colocó en el campo luminoso de la pantallita, de modo que él pudiera contemplarla a fondo. Lo hizo. Se le antojó que aquellos ojos daban la impresión de dos lagos velados por una niebla violeta. Su boca era joven y carnosa.

Una chica tan fenomenal, ¿qué demonios podía desear de él? Ni era rico, ni era un prodigio de guapo y parecía más viejo que sus treinta años.

Bruscamente, con sonrisa astuta, Kimber apoyó la palma sobre el único y último billete extendido sobre la mesa.

—Usted perdone, pero es para mi uso personal, preciosidad.

—¿Siempre es tan fino de modales?

—Es cuestión de contabilidad elemental. La verdad sea dicha, y así entre nosotros, esto es todo lo que me queda.

Según las normas del juego, la mujer debía levantarse y desaparecer, pero esta parecía distinta a las corrientes frecuentadoras de bares elegantes.

Su mirada violeta se posaba ahora sobre el rostro de Kimber, detallándolo, desde los crespos cabellos negros en revoltijo hasta la barbilla cuadrada, enérgica.

Nada escapaba a la mirada femenina, ni la cicatriz medio oculta por una ceja, recuerdo de un mal tirador congoleño, ni el arco insultante de la sonrisa crispada.

La desconocida era un témpano en cuanto a aguante y voz.

—¿Me permite que pida una copa por cuenta mía?

—Seré todavía más generoso. La autorizo a que pida otra para mí. A su cuenta, claro.

—De acuerdo.

Kimber se reclinó contra el blando respaldo. Realmente, aquella joven estaba sentada ante él; no era un fantasma de su imaginación. De nuevo la catalogó como tremendamente bonita.

Había llamado al camarero con un simple alzamiento de índice. Y no cabía duda que invitaba y pagaba.

Alex Kimber se rascó el centro del cráneo.

—Renuncio, abandono. No entiendo nada. ¿Dónde quiere ir a parar, preciosidad?

—Ya se lo he explicado. Estaba sentada en el mostrador, sola, y me aburría.

—Se ha estropeado mucho Londres si una mujer con su estampa pasa más de dos minutos a solas.

Ella esbozó una semisonrisa. Insinuó su voz:

—Puede hacerme sus confidencias si quiere.

—¿Sobre qué, por ejemplo?

—Sobre sus problemas.

—¿Por qué cree que tengo problemas?

—Todo el mundo tiene problemas, sobre todo la gente como usted y como yo.

—¿Y a qué clase de gente pertenecemos?

—Esta es nuestra peor dificultad. No lo sabemos.

Para ser una jovencita, porque esto es lo que era tras el maquillaje de sus ojos, hacía afirmaciones casi de tipo filosófico.

—Ya está, ya acerté —anunció Kimber con aire triunfal—. Usted es una niñata de alta sociedad. Se aburre, claro. Mire, lamento parecer un patán de campo, pero abandoné mi ciudad natal hace tanto tiempo que ya no estoy al corriente de eso que llaman «estar al viento». Vayamos al grano, niña, ¿qué desea exactamente?

—Primero, un cigarrillo.

Le tendió Kimber un pitillo. Se lo merecía aquella chica tan original. La dejó encender con su encendedor. Muy femenino, piedras preciosas, platino, arabescos.

—Usted es desconfiado y eso me gusta. Es prueba de inteligencia.

—O de escamas que le crecen a uno con los tropiezos, guapa.

—¿Por qué ha de colocarme adjetivos tan vulgares?

—Porque no sé cómo se llama.

—¿Le gusta Violet?

—Perfecto. Encaja. A cambio, puede llamarme Al.

—¿Sabe usted que yo podría ser la Fortuna viniendo a llamar a su puerta?

—La última vez que esa señora llamó a mi puerta la dejé entrar. Ahora, ya no me queda ni puerta.

—¿Era bonita?

—Sí, y costaba muy cara.

—¿Se casó con ella?

—Me llevó a la ruina, pero no hasta tal extremo.

Tal vez era efecto de la niebla imperante en su imaginación, pero Kimber tuvo la impresión que declararse soltero había complacido enormemente a la muchacha.

O también podía ser que había alcanzado aquel grado de embriaguez en que todo el mundo le parece a uno que está contentísimo.

Cada vez que vaciaba su vaso, se lo sustituían por otro, lo cual le pareció muy bien, hasta el momento en que el camarero se llevó el último chelín de encima de la mesa.

Entonces, Alex Kimber se puso muy solemne. Estar arruinado, totalmente arruinado no era un acontecimiento para tomarlo a la ligera.

—¿Era de verdad su último chelín?

—Ojalá fuera mentira.

—En este caso, puedo quizá interesarle en un buen negocio.

Ahora se sintió intrigado. Le habían propuesto muchos negocios, de todas clases, pero esta vez, la hora, el sitio y la compañía no le parecían normales.

Meditó que estaba simplemente divagando, viendo y oyendo cosas inexistentes, en la niebla de su atroz pítima. Atroz, porque la aguantaba sin caerse, sin perder el sentido por completo.

Y puesto que la aventura era irreal, y que la misma muchacha no era sino un espejismo del alcohol, no costaba nada ser amable.

—Bueno, ¿cuáles son tus intenciones, Violet?

—Primero, quisiera saber si tienes una profesión y cuál es.

—Según y cuándo. He sido barman, agente de seguros, corredor de apuestas, conductor de camiones y matón profesional.

—¡Eh!, ¿cómo dices, Al? ¿Matón profesional?

—Bueno, quise decir mercenario, allá por las selvas africanas.

—¿Este fue tu último empleo?

—El penúltimo. Después de sudarme seis pagas, seis largos meses ahorrando, decidí invertir los ahorros en un negocio y no tardé en quedarme sin dinero.

—Por consiguiente, ahora estás disponible, Al.

—Para lo que sea.

Lo que acababa de afirmar correspondía exactamente a lo que experimentaba: sentíase ligero, vencida la ley de la gravedad, irresponsable y dispuesto a todo.

La joven encargó otra ronda, y su voz baja, acariciante, comenzó a perderse en la lejanía de una niebla multicolor. No le gustaba a Kimber verse perder a aquel portento de criatura en una niebla de chispazos blancos, rojos, azules, verdes y otros matices

Se esforzó en recuperarla en su campo de visibilidad, y, sobre todo, tratar de fijar su atención en lo que iba ella diciendo:

—…Es un trabajo que te conviene, y creo que te gustará.

La visión vacilaba. Oyó a la joven pedir la cuenta. Fue solamente apenas el barman desapareció cuando Kimber se dio cuenta de aquel bolso.

Un bolso abierto sobre la mesa. El bolso en sí no le llamaba la atención, sino los preciosos paquetes apretados de billetes de Banco.

Aquel fortunón abultando el bolso abierto disipó por un instante la niebla circundante.

Con voz pastosa, inquirió Kimber:

—¿Qué me estabas diciendo exactamente, monada?

—Dos mil libras esterlinas.

Era la frase más exquisita que Kimber oía desde hacía tiempo. Intentó desesperadamente poner algo de coherencia en su mente, sacudiendo la cabeza.

La joven estaba en pie exponiendo:

—Hemos de ponernos en camino si queremos llegar allá antes que caiga la noche.

Por lo visto, pretendía llevarle a algún sitio. Le fastidiaba replicarle que no había comprendido nada, que de toda la

conversación, o mejor dicho, el monólogo que ella había susurrado, no había captado más que dos conceptos:

«…Un trabajo que le gustará… ¡Dos mil libras esterlinas!»

Prefirió fingir que estaba perfectamente enterado del asunto. Forcejeó hasta lograr ponerse en pie y embutirse el impermeable.

Pero al dirigirse hacia la puerta que acababan de abrir, una ráfaga de aire le despejó un poco la neblina alcohólica.

—Oye, muchacha, me gustaría saber de qué se trata y a qué atenerme.

Estaban ya en la acera. Insistió Kimber:

—¿De qué clase de trabajo dijiste que se trataba?

Esta vez vio por completo la sonrisa femenina. Radiante, extraordinaria.

Era realmente fantástico creerse que una mujer tan fascinante pudiera ser solamente una emanación surgida desde el fondo de una botella.

El tono femenino, acariciante, contenía un reproche irónico.

—¿Estabas durmiendo o despierto? Deberías prestar más atención cuando una muchacha como yo ha aceptado ser tu novia.

—¿Mi… novia?

—Y todavía era más importante que supieras, cuando me decías que sí con la cabeza, que has aceptado casarte conmigo.

CAPÍTULO II

ESTE había sido el sueño. Kimber emergiendo de la neblina, estiró las piernas y abrió los ojos.

El mundo le pareció desprovisto de significado. Estaba extendido boca abajo sobre una especie de litera de camping, aparentemente sin muelles.

Lo primero que vio fue una matrona con poca ropa. También escasamente atractiva. La luz gris debía ser la matinal. Logró girar de lado hasta quedar boca arriba.

Fue descubriendo otras particularidades: un pez muerto, una botella de vino y algo que parecía un cielo lleno de discos flotando en torno a una guitarra de forma extraña.

Rio aliviado. No eran más que cuadros. Las paredes estaban tapizadas de multitud de lienzos pintados.

Pese al taladrante dolor de cabeza, Kimber logró quedarse sentado en el catre. Pudo examinar la sala. Con la especial lucidez que seguía a las noches de borrachera, dedujo que se hallaba en el estudio de un pintor.

Es decir, en un mundo aparte, poblado de escayolas agrietadas, lienzos con costras multicolores y demás desvaríos artísticos. No recordaba haber conocido a ningún pintor.

Lo cual no le ayudaba a esclarecer la situación ni a explicarle por qué un alma buena le había quitado la corbata y los zapatos, envolviéndole finalmente en una manta del ejército.

Seguramente al mismo ángel benéfico se debería sin duda aquel reconfortante aroma a café echando humo sabroso que le llegaba ahora desde detrás de un caballete drapeado de tela.

Kimber se calzó y partió a explorar. No sabía lo que iba a descubrir, pero lo que no pensaba era ver a una mujer.

Apenas recobró el uso de sus cuerdas vocales, procuró hablar

con algo parecido a sentido común.

—Le pido perdón. No creo que nos conozcamos.

Esta vez no había neblina. Se trataba de una mujer de verdad, de carne y medula. Y casi tan alta como Kimber. Sus cabellos caoba, muy cortos, le formaban como un casco tupido.

Llevaba una blusa larga manchada de pinturas por encima, el pijama, unos mocasines caseros forrados de cordero, y en sus ojos vivaces se leía una expresión de divertida benevolencia.

Debía tener unos treinta años. Irradiaba sencillez, normalidad.

—Llámeme Lorna. ¿Le molestará beberse el café en una taza sin asa?

—¿Es su apartamento?

—Mientras pueda pagar el alquiler, sí. ¿No le gusta, acaso?

La cocina era apenas más grande que una cabina telefónica, pero Lorna tenía todo al alcance de la mano. Abandonó un instante el hornillo de gas, abrió el grifo sobre un pequeño fregadero y, volviéndose, tendió un vaso de agua con bicarbonato.

Con visible escepticismo anunció:

—Creo que esta droga no le servirá de nada, pero, por lo menos, yo habré cumplido con mi deber.

—Gracias. Y si no es abusar, ¿qué hago yo aquí?

—Pues esto es lo que precisamente esperaba yo que me explicase usted.

—¡Ah! Pero, ¿usted no lo sabe?

—Tan solo sé que dándole al timbre es usted un talento pleno de constancia. Por lo demás, ignoro qué es lo que vende, pero sí puedo asegurarle que debe ser la primera vez que le abro a un vendedor a domicilio después de las dos de la madrugada.

Kimber rio sin poderlo remediar. Ahora que sus ojos se habían acostumbrado ya a permanecer abiertos, veía mejor el rostro de Lorna.

Irregular, con una nariz respingona que se arrugaba al sonreír; no era bonita, pero era un semblante agradable, expresivo.

—Y debido a mi tocata de timbre en plena madrugada, ¿se sintió obligada a dejarme entrar y disponer de un catre?

—Fuera, llovía.

—Ah…

—Hay un cuarto de baño cerca de la entrada. Para que salga

agua caliente tiene que aguardar un cuarto de hora. Si espera tanto, los huevos, el jamón y las tostadas estarán fríos.

En su aventurera existencia, Alex Kimber tenía costumbre de acoger las mañanas frías y grises en lugares tan diversos como inesperados.

Pero aquella mañana batía el record.

Las sirenas voluptuosas del techo del cuarto de baño y la perspectiva de las paredes en diagonal a lo Dalí no era precisamente el decorado más propicio para ayudarle a poner en orden sus pensamientos.

El inmueble vetusto y oscuro, parecía una granja. Debió ser edificado en tiempos de Maricastaña, por algún aficionado a las vacas, en pleno Londres.

Pero, ¿estaba en Londres? Había un hueco en su memoria. El día anterior por la mañana había reservado una habitación en un hotel del Kingston Park.

Pagó un día adelantado y había salido para festejar su regreso al país natal, aunque fuera el retorno del arruinado.

Quedaba por rellenar una laguna de la que nada recordaba. Como no fuera aquel sueño absurdo, en plena neblina, de una muchacha de ojos de bruma violeta.

Al regresar al taller de Lorna, seguía repasando aquel sueño.

—No sé qué decirle, Lorna, sino presentarle mis disculpas, darle las gracias y marcharme.

—Beba otra taza de café. Me importa poco que los vecinos vean salir a un hombre a horas tan tempranas, pero me horripilaría que le viesen salir desanimado y tambaleante.

Kimber paladeó et café. Y se sintió obligado a dar alguna explicación coherente:

—Supongo que espera le aclare algo sobre mi visita. Lo lamento, pero lo he olvidado todo. No recuerdo nada de lo que me pasó anoche. Lo siento, de veras.

—No se preocupe, hombre. ¿No le han dicho que Londres es una ciudad muy acogedora? Nos esforzamos en proporcionarles una agradable estancia a nuestros visitantes distinguidos.

—No soy visitante, ni distinguido, ni forastero. Soy nativo de Londres y he regresado al redil.

—No me diga que se cansó del sol y de la primavera eterna.

—En efecto, el país de donde vengo es maravilloso. A condición de tener bastante dinero para poder vivir allá.

—¿Ha estado mucho tiempo ausente?

A su modo, Lorna le estaba sonsacando, pero no le molestó a Kimber. Tenía ella aquel derecho por lo menos.

—Siempre he estado ausente, hasta cuando vivía aquí, incluso cuando no era más que un chiquillo. ¿Comprende lo que quiero decir?

—¡Ya lo creo que le comprendo! ¿Y dónde estaba durante sus ausencias?

—Por todas partes. Allá donde la vida me parecía menos aburrida. Es agradable hacer sueños sobre el porvenir, pero luego, el exceso de vivir, quita el encanto.

—Bien, pues ahora que ya se siente viejo y decrépito, no le queda más remedio que sentarse abatido junto a una cafetera en marcha y evocar su juventud perdida.

Volvió Kimber a reír contra su voluntad.

—No es usted nada compasiva, Lorna.

—¿Y por qué iba yo a serlo? Todos los humanos tenemos problemas, hasta yo. Y, así entre nosotros, ¿cómo se las ha compuesto para acumular tantos recuerdos notables?

—Frecuentando la gente adecuada.

—¿Gente influyente?

—Cabezas huecas en su mayoría, o tipos como yo, desprovistos de dinero, pero ricos en ideas.

Recogió su impermeable. Estaba limpio y planchado. Explicó Lorna:

—Me dio por hacer ejercicio y puse la plancha a funcionar, así como algo de agua y jabón. Lo había usted ensuciado un poco.

—Bueno, pues no sé qué decir, Lorna…

—Cállese entonces.

—Adiós y gracias.

—Suerte y optimismo.

En la calle tardó Kimber un instante en orientarse. Era aún temprano. El cielo tenía color de franela sucia.

Llegando a la esquina comprobó que se hallaba en la calle Guild, bastante lejos de su hotel. Se dirigió hacia el sur, hacia el río histórico, el viejo Támesis.

Empezaban los ruidos de la mañana, pero la neblina no acababa de disiparse. Las luces tras los cristales llorosos de lluvia ayudaban a perforar el gris del día.

En un quiosco, el vendedor apilaba las últimas ediciones. Kimber iba a pasar de largo. Se detuvo en seco. Acababa de percibir la foto de una chica en primera plana.

La contempló, fascinado, incapaz de moverse.

Recordaba ahora exactamente el olor de sus cabellos dorados, y, sobre todo, el matiz tan extraordinario de sus ojos almendrados color de neblina violeta.

No cabía error y esta vez, se hallaba del todo despierto.

Los titulares resaltaban en pastosas mayúsculas de luto.

FINANCIERO ASESINADO
LA HEREDERA HA DESAPARECIDO

—¿Desea usted que le desdoble la página?

El sarcasmo del vendedor devolvió a Kimber a tierra firme. Necesitaba aquel periódico, pero recordaba que se había gastado hasta el último chelín en una mesa de bar.

Maquinalmente registró sus bolsillos con la débil esperanza de encontrar calderilla.

Fue entonces cuando los descubrió. Estaban bien enrollados en el fondo de su bolsillo. Crujientes. Un fajo de billetes nuevos que no necesitó contar.

Dos mil libras. Exactamente como en su sueño.

CAPÍTULO II

EL pie de la foto le reveló la identidad de su visión alcohólica. Maryan Garvin. Veinticinco años, rica, y había desaparecido desde la víspera.

Pero era el padre quien ocupaba la mayor parte del reportaje.

Cedric Garvin había sido asesinado.

El asesino había desfigurado al multimillonario cincuentón, saqueando el despacho de su elegantísimo piso.

Lo testiguaba una serie de fotos. La hora del crimen permanecía sin determinar.

Sin embargo, habían visto a Garvin en compañía de su secretaria, Carol Saunders, veintiocho años, poco después de las ocho, aquella misma víspera.

Carol Saunders había declarado a la policía:

«Después de haber trabajado en su despacho más tarde, que de costumbre, insistió en que cenase con él y me llevó en coche a mi casa. Eran cerca de las nueve y media cuando me dejó ante mi domicilio. No puedo comprender lo que ha ocurrido. ¿Quién pudo hacer algo tan horrible? ¡Mi patrón era un hombre excepcional!»

En este punto de su declaración, Carol Saunders se ha interrumpido atacada por una crisis de sollozos histéricos que un hábil fotógrafo logró captar.

* * *

Al mismo tiempo que las dos mil libras, Kimber había descubierto la llave de su cuarto en el fondo del bolsillo. Normalmente, debería haberla colgado en el tablero del hotel antes de ir al bar, la víspera.

No lo hizo, y era una suerte. Atravesó rápidamente el vestíbulo y llegó a la escalera sin llamar la atención. Su cuarto estaba en el

tercero, pero prefirió no tomar el ascensor.

Ante todo, importaba saber si el barman recordaba haberle visto con Maryan Garvin. Al atravesar el vestíbulo acababa de leer el nombre del bar: Black Corner.

Nombre muy acertado. La penumbra del Rincón Negro era de agradecer. Pero si pese a ella, él había podido ver el semblante de la heredera, no había razón para que el barman no le hubiera visto a él.

En el cuarto, lo primero a que se dedicó fue a deshacer la cama. Por teléfono pidió que le subieran un periódico de la mañana. Abrió la maleta, desordenó cosas por el cuarto, y colgó su chaqueta del respaldo de una silla.

Estaba afeitándose cuando el botones del piso llamó.

Fue a abrir y regresó al cuarto de baño para secarse las manos. Así el botones tenía tiempo de examinar la sala.

Le tendió un billete de veinte libras.

—Vaya a cambiármelo. No rengo suelto. Pero dese prisa. He de tomar el tren.

Apenas salió el botones, abrió Kimber el periódico.

Basil Burns, el mayordomo, había descubierto el cadáver de su patrón, Cedric Garvin, al regresar de la bolera donde había pasado la velada. Explicaba:

«No era mi día libre, pero míster Garvin telefoneó que no cenaría en casa y que podía disponer de mi noche. He regresado hacia las once y media. Fue horrible… ¡Un hombre como él!… Trabajaba en la casa desde hacía ya veinte años.»

La señora Garvin, que se hallaba en su casa de campo de Sussex había perdido el conocimiento al enterarse del asesinato de su marido, y no pudo recibir a la prensa

Arrugó Kimber, malhumorado, el periódico. Maryan Garvin había desaparecido. No había hecho acto de presencia desde la víspera, en que salió en su «cupé».

Y a la hora de entrar en prensa la edición, no la habían encontrado ni a ella ni a su coche. El periodista insinuaba que no podía descartarse la posibilidad de un segundo asesinato.

Felizmente para Kimber, no hacía alusión alguna a lo que más temía. Para nada se mencionaba a un desconocido con quien charló en el bar del Black Corner, y en cuya compañía abandonó aquel

local.

El botones volvía con el cambio.

Kimber comentó:

—Esto es servicio rápido.

Le tendió un billete de a libra, pero el botones apenas pareció agradecerlo. Examinaba la foto en primera página con tanta atención, que Kimber lamentó no haber abierto el periódico en la sección de fútbol.

—Vaya chica más maja —murmuró el botones—. La idea de que pueden encontrarla en un cubo de basura me subleva.

Era un individuo sin edad definible, de aspecto desdeñoso y voz ronca barriobajera.

Su comentario le sentó a Kimber como un puñetazo en el hígado. Prefirió simular indiferencia.

—El periódico solamente dice que no la han encontrado aún.

—Los periódicos no lo saben todo, y cuando saben algo, se callan la mitad, sobre todo cuando se trata de una chica de familia rica.

Guiñó un ojo. Y Kimber insinuó:

—Parece saber algo interesante usted.

—Y tanto… Sé que esta joven estaba aquí ayer. Consumió a solas en el bar. El barman la vio. Luego empezó ella a charlar con un borracho y se fueron juntos. El resto no es difícil de adivinar.

Sin aliento, Kimber permaneció boquiabierto.

El botones pareció encantado del efecto de sus comentarios.

—Es probable que se llevaría al compadre a casa de su papá y allí se formó el follón. La encontrarán en un cubo de basura, se lo digo yo. Es lo que les pasa, tarde o temprano, a esas niñas caprichosas.

—Según la foto, no parece una chica de la clase de las que entablan relación con borrachos por los bares. Creo que el barman tiene un exceso de imaginación y que después de leer el periódico, se figura que vio a Maryan Garvin.

—¿Foxy, imaginación? Si Foxy afirma que era la chica Garvin, es que era la chica Garvin. Mire, se lo demostraré.

El cuarto no daba sobre el parque, sino sobre la calle posterior, y directamente a un gran inmueble gris, ocupado por oficinas.

—Las oficinas de Garvin. La sede de las empresas Garvin.

Maryan Garvin entraba y salía de ahí, y no era la primera vez que venía al Black Corner. La he visto más de una vez. Hasta me preguntaba yo mismo por qué una muchacha que tenía todo lo que quería, parecía tan desgraciada.

—¿Desgraciada?

—En todo caso, eso es lo que aparentaba. Nerviosa, agitada… Y si decidió conquistar a un desconocido, lo logró, créame. Pero, claro, ese es un juego peligroso, a veces.

Kimber sentía deseos de tirar por la ventana a aquel individuo, pero a la vez quería saber más cosas. Deseaba asegurarse que el botones prematuramente envejecido no le había reconocido.

La sola idea de que fuera así, le daba calambres en el estómago.

—¿Y qué saben del tipo que se fue con ella? ¿Lo han encontrado ya?

—Por ahora no dicen nada. ¿Desea algo más, señor?

Le pareció a Kimber que el botones le escrutaba con demasiada insistencia. Eligió otro billete de los que le había traído, y se lo tendió.

—Perdone si me olvidé la propina. Todavía no estoy muy despierto esta mañana. Anoche me tropecé con un viejo amigo y trasegamos unos cuantos tragos.

Justificaba así el cansancio que pudiera asomar en su rostro. Y se proveía de algo parecido a una coartada.

—¿Quiere que le suba algo? Foxy tiene una receta infalible para los casos de resaca.

Otra vez el barman. Agregaba el botones:

—Aunque en estos momentos está con los de la Criminal.

—¿De la Criminal…? ¿Están aquí?

—Estaban con él haciéndole preguntas, cuando fui a cambiar su billete. Pero puedo pedirle que le prepare…

—No, gracias, no. He de tomar el tren.

Apenas salió el botones, Kimber se desplomó sobre la cama. La sangre latía en sus sienes. La idea de huir ya la tenía antes de haber oído al botones.

Ahora, el instinto que le impulsaba a marchar se hacía más imperioso. No era momento de meditar, sino de actuar.

No podía cambiarse de traje, ya que el resto del equipaje lo había dejado en la consigna de la estación. Su gabardina

impermeable era de un color bastante corriente.

Fue a recogerla. Se estremeció. Acababa de descubrir una leve mancha en la manga. Las palabras de Lorna resonaron en su recuerdo: «La había usted ensuciado un poco».

Lorna la había limpiado. Una mujer muy servicial. Pero lo que quedaba de la mancha le sugirió la evocación de la foto representando el cadáver de Garvin y el atizador de fuego ensangrentado sobre la alfombra.

Kimber volvió bruscamente el interior de la manga y encontró lo que temía hallar.

Si Lorna se hubiera tomado la molestia de examinar el forro de la gabardina se habría dado cuenta que todavía se distinguía un poco de sangre.

CAPÍTULO IV

«ME llamo Alex Kimber. Recientemente ejercía la profesión de agente comercial. Apenas llegado a Londres, pasé toda la noche en mi cuarto de hotel. Estaba cansado. Resulta inútil añadir que nunca he visto a Maryan Garvin y que no tenía ningún motivo para asesinar a su padre. Finalmente, no veo la razón por la cual la policía me consideraría sospechoso, ni por qué creen que me dispongo a huir.»

Kimber se había trazado esta línea defensiva, por si acaso, cuando el ascensor le dejó en el vestíbulo.

Salió con paso rápido como hombre que tiene prisa y ha de coger el tren.

Denegó la oferta del botones, que quería cogerle la maleta.

—La llevaré yo mismo.

Dirigiéndose al mostrador para entregar la llave, pensó ya demasiado tarde que habiendo liquidado su cuenta por anticipado hubiese podido dejar la llave al botones y marcharse directamente.

Cerca del mostrador, un individuo de unos cuarenta años, de rostro impasible, hablaba con un empleado. Sus ojos azules eran muy fríos. Un mechón gris acero brotaba bajo el ala de su sombrero impermeable.

El empleado, de corta talla, cabellos ralos, chaqueta blanca y corbata mariposa, debía ser, indudablemente, el famoso Foxy.

Y Foxy estaba diciendo:

—En mi opinión, no encontrarán a ese tipo en el registro. El hombre estaba claramente en las últimas y contaba cada chelín como si fuese el último. Un momento, inspector. Permita.

Foxy se aproximó a Kimber.

—Perdón, señor. ¿Se marcha?

—Sí.

—¿Le agradó su habitación?

—Gracias. Todo perfecto. Dormí como un lirón.

El empleado consultó una ficha y sonrió:

—Ya liquidó usted su cuenta, míster Kimber.

—¿De veras? En efecto, sí, ahora lo recuerdo.

Kimber se disponía a marcharse evitando presentar la cara de frente, cuando se le ocurrió una idea que juzgó genial:

—Si alguien pregunta por mí, diga que ya terminé mis gestiones y que he regresado a la costa.

Todo iba bien. Lo esencial era caminar calmosamente, sin aparentar prisa alguna. Dio unos pasos y, deliberadamente, se detuvo para consultar su reloj.

El inspector de los ojos de hielo azul comentaba:

—Evidentemente, la descripción es algo vaga, pero usted cree poderle identificar si volviese a verle, ¿no, Fox?

—¡Nunca olvido un rostro!… Reconocería al fulano al instante, allá donde fuera.

Kimber se dirigía sin prisa aparente hacia la puerta giratoria. Iba a darle el empujón cuando el barman le interpeló:

—¡Eh! ¡Oiga, señor!

La sangre se le transformó en fluido frigorífico. Iba a abalanzarse al exterior, pero en aquel instante, un agente de uniforme entraba y se dirigía hacia el botones.

Kimber se volvió lentamente y se encontró frente a frente con el barman.

—Olvidaba usted su maleta —dijo Fox.

—¡Ah, caramba!… Gracias. Muchas gracias.

En la calle soplaba un cierzo frío y siniestro, pero en aquel momento una tormenta le habría parecido deliciosa a Kimber.

Estaba en la calle y libre. En la parada, un taxi se disponía a formar cola. Lo detuvo Kimber. ¿Para ir dónde…? No lo sabía exactamente.

—A la Estación Charing Cross.

Dentro se distendió un poco. El trayecto no era largo, pero sí lo suficiente para permitirle comprender que ya no conocería nunca la tranquilidad mental, si se contentaba con huir.

Se apeó del taxi, pagándolo. En la gran sala de taquillas se instaló en un banco. Se decidió. Fue a la consigna a depositar su

maleta.

Le convenía poder desplazarse fácilmente sin molestias.

Lorna no estaba en su casa cuando por fin encontró Kimber la dirección. En el buzón estaba la identidad completa: Lorna Blondel.

Nadie contestó cuando pulsaba el timbre que se hallaba bajo su nombre en la hilera de buzones.

Era necesario que la viese. Tarde o temprano, leería la prensa. Se enteraría del borracho que se fue con Maryan Garvin, y no era tonta ni mucho menos. Ataría cabos. Por ejemplo, las manchas de sangre en su manga.

La iniciativa de Kimber ofrecía peligros, pero Lorna le había parecido una mujer comprensiva, inteligente.

Y por la esquina aparecía Lorna Blondel.

Vestía un abrigo de lana. Lo que le tranquilizó es que llevaba una bolsa repleta de provisiones.

Cuando se vuelve de la comisaría más cercana para denunciar a un posible asesino no se regresa tranquilamente a la casa aprovechando de paso la ocasión para efectuar las compras en el mercado.

Lorna reconoció a Kimber y frunció las cejas:

—¿Qué hay de nuevo? A lo mejor se olvidó el pañuelo, ¿no?

—Tengo que hablarle, Lorna. Es importante.

—Bien. Hable. Le escucho.

—Aquí no.

—Oiga, amigo, ya hice por usted más de la cuenta…

—¡Por favor! Aquí no.

Kimber abrió la puerta. Cedió el paso galantemente. Ella sonrió enigmáticamente.

—Usted primero. No me agrada que me sigan cuando subo escaleras. Complejo infantil.

La precedió Kimber por la estrecha escalera. Se hizo a un lado y al entrar en el taller-estudio miró Kimber en torno. No había ningún periódico a la vista. Pero de la bolsa de provisiones sobresalía un periódico enrollado.

Preguntó:

—¿Ya lo leyó?

—¿Qué es lo que debo leer?

Era inútil andarse con rodeos. Debía ir directo al asunto o

marcharse:

—Había sangre en mi gabardina, ¿verdad?

Lorna no contestó, pero palideció levemente.

—¿No le pareció extraño el detalle?

—¿Por qué? Usted pudo haberse peleado en cualquier tasca.

—Sin embargo yo no tenía ni contusiones ni nada que revelase pelea.

—Comprenderá que no tuve tiempo de examinarle a fondo. ¿Dónde quiere ir a parar?

Lorna se inclinó para coger el periódico, pero él se lo quitó al vuelo.

—Perdóneme. Cuando me haya escuchado, entonces se lo daré.

Le explicó todo detalladamente. El bar del Black Corner, la muchacha que le habló, las extravagancias que decía.

Finalmente habían salido juntos… Por lo menos esto decía la prensa, porque para él los recuerdos se detenían en aquel punto.

Lo demás era neblina.

Suspiró Lorna:

—Vaya, vaya… Ya me daba cuenta que los hombres no abundan y se hacen difíciles de cazar, pero ignoraba que se dejaban raptar tan fácilmente…

Se calló mirando asombrada el fajo de billetes que Kimber depositaba sobre la mesa de la cocina.

—Los encontré en el bolsillo de mi gabardina minutos después de haber salido de aquí, Lorna. Dos mil libras. Exactamente lo que ella me había dicho.

—No comprendo nada de nada.

—Entonces estamos los dos en el mismo caso.

—¿Y ni siquiera sabe quién es ella?

—Sí… Ahora, ya lo sé.

Kimber le tendió el periódico y se sentó en una silla con el respaldo contra el pecho.

Observaba a Lorna mientras ella leía pero su semblante no delataba ninguna emoción. Al cabo de unos instantes, dejó ella el periódico.

Kimber manifestó:

—Ahora puede llamar a la policía, a menos que crea lo que yo le he contado. Usted decidirá, Lorna.

—Maryan Garvin, ¿eh? Vaya, vaya…

—Soy así. Hasta en mis sueños trato con ricas herederas… sin saberlo.

—¿Alguien más está al corriente?

—Indudablemente algunas personas me vieron. Cuando dejé el hotel, el barman trataba de describirme a un inspector. Darán una orden de búsqueda.

—¿Por qué ha regresado y para qué me ha contado su lío?

—No lo sé. Pero algo hay cierto. Al llamar a su puerta, estuve bien inspirado.

—¿Está seguro de que fue usted el que llamó al timbre?

—Seguro, seguro… no sé nada.

—Empiezo a dudar de que llegase usted por sus propios medios ante mi puerta. Debieron depositarle en mi umbral. Deliberadamente.

Atravesó Lorna el estudio. Cogió un lienzo y colocándose ante Kimber afirmó:

—Solamente conozco una persona que pudo dejarle a capricho de mi hospitalidad.

Dio vuelta al lienzo.

Era un retrato de Maryan Garvin.

CAPÍTULO V

—DADO el lazo de complicidad que nos une a la fuerza, podemos ya tutearnos. Voy a contarte todo lo que sé acerca de Maryan, aunque no es gran cosa.

Sentándose a lo sastre en uno de los dos divanes del estudio contempló pensativa el cuadro.

—No la conocía con el nombre de Maryan Garvin. Dijo llamarse Muriel Gardiner, seguramente a causa de las iniciales M. G. de su bolso. Recuerdo bien aquel bolso porque valía por lo menos unas cuarenta libras y Muriel aparentaba no tener dinero. Solamente era dueña de un traje chaqueta y una blusa negra de gran modisto, un anillo con una esmeralda, y los ojos más obsesionantes que jamás he visto.

—Ojos de neblina violeta.

—¡Exacto! La primera vez que vi a Muriel, bueno, quiero decir a Maryan, fue en el estudio de Sacha Danilof, mi vecino de rellano. Es maestro de ballet. Afirma que desciende de un general ruso blanco. Él sabrá. La verdad es que es un gran bailarín. No pide caro por sus clases, pero Maryan, según dijo, ya no tenía más fondos que los representados por su anillo esmeralda.

—¿Por qué se fingía pobre?

—Ni idea. Lo cierto es que lo empeñó y con el dinero organizó una fiesta en un estudio que había alquilado, precisamente encima mismo de este. Invitó a todos los alumnos de Danilof, y tuve que asistir porque el ruido era infernal y el único modo de no oírlo era contribuir a la jarana. Maryan disfrutaba de verdad. Fue entonces cuando decidí hacer su retrato.

Lorna encendió un cigarrillo y contempló la pintura. Era el retrato a cuerpo entero de una muchacha con malla negra, apoyada en una barra de ejercicio.

—Mi idea le gustó. Pero no quiso nunca aceptar ni un penique para posar.

—¿Aun cuando había empeñado su última joya?

—Debo decirle que Maryan era una modelo muy agradable, pero tenía un defecto: era una tremenda embustera.

—¿Cómo te diste cuenta?

—Mi credulidad tiene un límite. Según Maryan su madre era una *prima donna* húngara y su padre un severo duque que la echó de casa escandalizado ante la afición a la bohemia de su hija. La húngara murió poco después de nacer Maryan. El severo duque para olvidar se dedicó a la bebida y al parecer estaba vendiendo piedra a piedra su castillo para poder rellenar su bodega.

—No me negarás que Maryan tenía imaginación.

—Excesivamente imaginativa. Yo fingía creerla con tal de poder acabar su retrato. Hasta que desapareció.

—¿Cómo?

—Nadie sabía nada de ella. Uno de los alumnos de Danilof aseguraba haberla visto, cerca de aquí, subiendo llorosa en un lujoso coche negro. Ya no pensamos más en ella. Todos tenemos nuestras preocupaciones personales,

—¿No la has vuelto a ver?

—Nunca. Sin embargo, unas semanas después de su misteriosa desaparición, hojeaba un periódico, cuando tropecé con una gacetilla que atrajo mi atención.

Alargando el brazo hurgó en una hornacina del tabique, sacando un recorte de periódico.

—Lo guardo como recuerdo. Echa un vistazo a la columna social de Noviazgos y Bodas. Junto a la foto más grande.

Leyó Kimber:

> «Míster y mistress Cedric Garvin tienen el honor de participar el compromiso matrimonial de su hija Maryan con Percival Mason, el abogado con brillante carrera…»

Kimber no siguió leyendo. Examinaba ahora la foto de Maryan Garvin tan bonita como le apareció en la neblina alcohólica. A su lado, Percival Mason sonreía como para anunciar una pasta dental.

Era un buen mozo, alto, rubio y atlético.

Apenas comprobó visualmente estos detalles. Kimber ya le cogió ojeriza.

Devolviendo el recorte, se levantó:

—La vida amorosa de Maryan Garvin me tiene sin cuidado. Le que quiero saber es dónde ha ido a parar esta vez y por qué ha desaparecido. Sobre todo eso… ¿Dónde está? No me hace la menor gracia verme complicado en un asunto criminal… aunque me hayan pagado dos mil libras no sé para qué…

—Creo que estás equivocado. Por el contrario deberías hallar la solución en la vida amorosa de Maryan. ¿Qué día es hoy?

—¡Qué sé yo…! ¿Y qué importa, caray?

—Me parece que se avecina la fiesta nacional conmemorando la victoria de Waterloo.

—Oye, muchacha, ya sé que los artistas sois distintos y algo desequilibrados. Mira que hablarme ahora de Waterloo… Bueno, he oído decir que con tal ocasión dan pato asado en el rancho de los presidiarios. Y me encanta el pato asado.

—Esta fecha según la gacetilla es la del día fijado para la boda de Maryan Garvin.

—¡Rediez! Ahora comprendo. Perdona, chica. Eres un talento.

—Sé leer, sumar y deducir. ¿Estás seguro que Maryan te propuso boda y pidió tu blanca mano?

—Estoy bien seguro, a menos de haberlo soñado.

—La existencia de las dos mil libras demuestra que no soñaste. Es muy posible que Maryan concibió la idea de casarse con otro, en este caso tú, para librarse de su compromiso con Percival Mason.

—No tiene sentido… ¿Tan repugnante le parecía a ella el abogado Mason?

—¿Por qué no? Este tipo de mozo robusto, engreído, materialista, no inspira el instinto maternal de la muchacha romántica. Yo creo que Maryan quería huir. Ya era una fuga el venir a residir en esta colmena de alegres orates. Alguien descubrió su nuevo refugio y se la llevó en el coche de lujo. Posiblemente ayer trataba nuevamente de escapar.

—¿Y sería este el motivo por el cual ahora se esconde?

—Muy posible.

—Pero, ¿quién la obligaba a casarse con Mason?

—Todo el problema radica en este interrogante.

—Eres una mujer estupenda, Lorna. Ayúdame a resolver este misterio.

—¡Lo que me faltaba…! Doy albergue a un borrachito para que no se quede a la intemperie a riesgo de congelarse y ya estoy sumergida hasta la barbilla en un potaje de asesinato y desaparición. Escucha… No tengo nada en contra de que te escondas aquí si te persiguen de cerca, pero nada más.

—Ya es mucho. He pensado una cosa. A lo mejor acierto. Voy a explorar en terreno enemigo.

—Muy bien pensado. Ya te traeré naranjas y pitillos los jueves y domingos al penal de Dartmoor.

* * *

Alex Kimber caminaba bajo la llovizna, alzadas las solapas de su gabardina. Entre sus sienes solamente había una pregunta inquietante, que a instantes mascullaba entre dientes:

—¿Soy un asesino, un hombre casado o un pichón?

Lo que le inquietaba más era que solamente hallaba una respuesta medianamente clara: podía ser las tres cosas a la vez.

Y todo por culpa de la maldita neblina del alcohol.

Cuando se decidió a penetrar en el amplio vestíbulo del edificio de las Empresas Garvin, tenía la sensación de haber deglutido varias mariposas africanas que revoloteaban por su estómago.

El listín telefónico le había dado la dirección escueta. Ahora el gran tablero mural le proporcionó la localización exacta del despacho del abogado Percival Mason.

La oficina de Mason parecía la de un gerente petrolífero en versión Hollywood. El suelo de la antesala estaba recubierto de una alfombra que semejaba un tupido campo de césped.

Por los amplios ventanales se transparentaba río y cielo en matiz gris perla realmente encantador. Todavía más encantadora aunque también más glacial aún, una rubia preciosa se siluetaba tras la cristalera de un mostrador, con ventanilla en arco.

—Míster Mason no está. No creo que venga. Todas las citas han sido anuladas.

Su voz parecía surgir de un tocadiscos, repitiendo el mismo ritmo incansablemente.

—Yo no tengo cita y solamente deseo ver al abogado Mason.

—Ya le he dicho que míster Mason ha salido.

—¿Dónde ha ido?

—Soy su secretaria, no su institutriz, y cuando sale no me revela dónde va ni qué piensa hacer.

—Entonces, ¿cómo puede comunicarse con él, tratándose como es mi caso, de algo importantísimo para él?

—Si usted es periodista, como parece, llegó tarde.

Aprovechó Kimber la idea:

—No me diga que mis colegas se me han anticipado,

—Y hace ya tiempo que se han ido.

—Oiga, la decoración es de todo lujo. Para ser un abogado joven su patrón se las apaña magníficamente.

—No pasa hambre —afirmó la espléndida rubia.

—Supongo que Garvin le proporcionó la clientela.

—Claro.

—Incluida la suya, claro.

—Tal vez.

—¿Le redactó su testamento?

Por vez primera una leve sonrisa afloró en la boca pulposa de la rubia:

—Ya vino el inspector Drumond.

Drumond. Un apellido que encajaba perfectamente en el individuo del sombrero impermeable y el Loden gris. O sea que Drumond, de la Brigada Criminal, ya había venido a husmear por el despacho del abogado Mason.

—Supongo que Mason estará trastornado por la muerte de Cedric Garvin.

—Naturalmente.

—¿Le conoció?

—¿A Garvin? ¡Lógicamente! Estudiamos juntos, y remamos juntos por Cambridge. Y ahora, déjese ya de preguntas. Tengo trabajo…

La rubia siguió puliéndose las uñas. Parecía nerviosa.

—Podríamos hablar de la secretaria de Garvin. Es posible que el matrimonio Garvin no fuera del todo apacible y hogareño.

—¿Para qué periódico trabaja usted?

—No se lo dije todavía.

—Debe tratarse de un periódico de lo más despistado que existe. Algo así como el Old Ladies News… Todo el mundo sabe que los Garvin están separados, y aunque no fuera oficial, nadie, salvo usted, lo ignoraba.

—No cabe duda que Mason se ocupaba del divorcio.

—Nunca se trató de divorcio alguno. Míster Garvin no lo habría aceptado jamás.

—Ya… Lo que me pregunto es dónde residía la famosa heredera. Usted no ignora que ella debía casarse con su patrón de usted. A menos que…

—¿A menos qué…?

Salvo que la secretaria rubia fuera ventrílocua, había alguien más en la antesala.

Kimber se volvió maldiciendo interiormente la espesa alfombra que amortiguaba el ruido de pasos.

Aunque Percival Mason no ostentase en aquel momento la sonrisa de anuncio dentífrico, le reconoció Kimber. Era, en efecto, alto, rubio y robusto.

Sus manos se crispaban en torno al mango de un paraguas chorreante.

—¿Quién es este hombre?

—Otro periodista, míster Mason. Precisamente intentaba librarme de su interrogatorio.

La voz mordiente de la rubia se había dulcificado y sus negros ojos brillaban animadamente. Se notaba que la presencia de Mason la trastornaba íntimamente.

—¿Ha almorzado, Dafne?

—No, señor, pero no importa…

—Vaya. Es tarde ya.

El tono de Mason era imperioso. El abogado permanecía inmóvil, fija la mirada en Kimber. Apenas hubo salido su secretaria, dijo:

—Y ahora, señor, tenga la bondad de repetirme lo que estaba diciéndole cuando entré.

—Tengo mala memoria.

—Insinuaba usted que podía existir algún malentendido entre Maryan Garvin y yo.

—No veo por qué se me habría ocurrido pensar algo semejante.

—Yo soy el que le pregunta y le ruego me conteste.

El modo en que Mason empuñaba su paraguas le recordó a Kimber la foto truculenta del atizador ensangrentado.

—Es posible que haya prestado crédito a chismes. He oído decir que Maryan Garvin desapareció hace unos dos o tres meses para unirse a un ballet.

—Le informaron mal. Mi novia se interesa por el ballet, como también por otras artes, pero ello nunca fue motivo de desacuerdo entre nosotros, y le aconsejo que no incurra en el error de publicar chismes sin fundamento.

—Por el momento lo que convenga o no publicar es lo de menos. Lo que importa es la situación en sí misma. ¿Está seguro que reinaba un perfecto entendimiento entre usted y su novia ayer tarde cuando ella fue al Black Corner?

Por un instante pareció que Mason iba a asestarle un paraguazo. Logró dominarse, y dejó el paraguas sobre una mesa. Instalándose en uno de los sillones, extrajo una pitillera de platino. Su mano temblaba un poco cuando prendió fuego con el encendedor haciendo juego con la pitillera.

—Es lógico y normal que algunas veces tuviéramos alguna pequeña discusión. Esto sucede entre novios. Maryan es algo nerviosa y su padre le proporcionaba motivos de inquietud.

—Sin duda, a causa de su aventura con la secretaria.

—¡Eso es ridículo! ¡Inexistente!

—Todo el mundo lo comenta.

—Lo cual no demuestra nada, y es la primera vez que oigo mencionar una calumnia tan absurda. Conozco íntimamente a la familia Garvin.

—Por consiguiente no ignora que el matrimonio está separado.

—No es cierto. Es verdad que Garvin alquiló un piso hace algunos meses, pero fue por consejo de su médico. Los largos trayectos que efectuaba entre su casa de campo y a oficina, le cansaban. Y esto era lo que inquietaba a su hija.

—Y las inquietudes de Maryan, ¿la llevaban siempre a entrar en el bar más cercano?

—Ignoro lo que se propone, pero sé muy bien que los periodistas carecen de buen gusto en determinadas ocasiones. Si no le importa mancillar la reputación de mi novia, debería por lo menos respetar

la vida privada de su madre. Esta tragedia ha trastornado suficientemente a mistress Garvin sin que usted añada calumnias para halagar la malsana curiosidad del público, exagerando la posible excentricidad de su hija.

—Lamentaría apenar a mistress Garvin pero si su querida hija le pegó con un atizador a su propio padre, comprenderá que el público tiene derecho a saberlo.

Mason contempló a Kimber incrédulo, y roncamente dijo:

—¡Esto es inverosímil además de monstruoso!

—Para el público no resultaría tan disparatado…

—Maryan adoraba a su padre.

—Sin embargo alguien lo asesinó y ella ha desaparecido.

—¿De qué periódico es usted colaborador?

—Del Old Ladies News.

—¿De veras? Entonces, ¿por qué no expone sus teorías a la policía? Seguro que le interesarían y tal vez desempeñaría usted un magnifico papel. ¿Desea saber dónde me encontraba hace poco?

El extraño tono mordaz del abogado empezó a escamar a Kimber.

—¿Dónde?

—Me citaron para identificar el coche de Maryan. En una calleja cerca del río. La persona que lo dejó ahí, puso fuego al tapizado pero un paseante que vio el humo dio la alarma. Había sangre en el asiento delantero, junto al sitio del conductor.

¿Una calleja cerca del río? Podía ser cualquier callejón pero para Kimber, el lugar se hallaba entre el Black Corner y el viejo inmueble de Guild Street.

Preguntó:

—¿Y… Maryan?

—Encontraron su bolso algo más lejos Es todo cuanto sé de ella… por ahora.

Levantándose, Mason tendió la mano hacia el teléfono.

—En cuanto al hombre que encontró en el bar del hotel…

No tuvo tiempo de terminar la frase ni el gesto.

Había adelantado la cara. Era una tentación para Kimber que le aplicó un rápido derechazo.

El abogado se desmadejó doblándose encima de la mesa.

Alex Kimber emprendió una veloz huida. Le parecía escapar de

una horda de fantasmas. Todos tenían la cara malévola del botones del hotel.

Apenas estuvo en la calle no le resultó difícil perderse por entre la gente. Maquinalmente saltó en un autobús que se dirigía al Embankment.

Lorna no estaba en casa cuando llegó Kimber. Entró con la llave que ella le había entregado.

Había pasado la mayor parte del tiempo dando vueltas por la ciudad, cambiando constantemente de autobús. La neblina aumentaba. Tanto la atmosférica como la cerebral.

El estudio se hallaba sumergido en penumbra. La noche caía pronto los días de lluvia… Y el crepúsculo proyectaba, a través de la lucerna, una luz siniestra.

Kimber cerró la puerta a su espalda, dejando que sus ojos se acostumbrasen a la sombra. Una luz espectral nimbaba el retrato de Maryan Garvin.

Era exactamente así cómo la recordaba. Con aquella neblina azul envolviéndola, y aquellos ojos de neblina violeta.

En la semipenumbra vio cómo el retrato se desplazaba avanzando hacia él.

CAPÍTULO VI

MARYAN GARVIN, en persona, avanzaba con evidente incertidumbre, preguntándose quién acababa de entrar.

Kimber encendió la luz bruscamente.

Era la primera vez que la veía a plena luz, sin neblina alcohólica, enturbiándole visión y comprensión.

Maryan estaba muy pálida y su abrigo de visón parecía ahora de piel de conejo mojado, pero seguía siendo una preciosidad.

Se detuvo ella a dos pasos, como aguardando a que hablase él primero. El lapso de silencio se hizo molesto.

Dijo ella por fin:

—Yo… yo esperaba a Lorna. Antes, residí en esta casa.

—Ya me enteré.

—Tengo todavía mi llave. Supongo que todas las puertas tienen la misma llave.

Hablar de llaves en las actuales circunstancias parecía absurdo. Kimber sintió deseos de agarrarla por los hombros y sacudirla un poco.

Pero la expresión temerosa y extraña de aquellos magníficos ojazos violeta le retuvo.

Murmuró Maryan:

—Quería verte de nuevo.

—¿Sí? No me digas…

—Palabra que sí. Quería exponerte los motivos por los que te traje aquí anoche. ¿Por qué, sino, crees que he vuelto?

—¡Y yo qué sé! No sé nada de nada. Y hasta tengo cierto miedo a ir sabiendo… Bien, a lo mejor tienes otro estupendo negocio entre manos, para mí.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué insinúas?

—Te consta mejor que a mí. Mis recuerdos no están muy claros.

De lo que si estoy seguro es que viniste a sentarte ante mi mesa en el Black Corner y me prometiste un misterioso asunto. Un raro negocio. Yo me desperté esta mañana con manchas de sangre en una manga, y dentro del bolsillo tenía dos mil libras. Y esta misma mañana han hallado a tu padre asesinado.

Le había expuesto aquella insinuada monstruosidad: con toda mala intención rencorosa. Si ella no reaccionaba de un modo u otro revelador, sería una gran actriz.

Maryan Garvin pareció recibir un puñetazo, ya que contrajo el rostro, se tambaleó un poco y se acentuó su palidez.

Pero Kimber no hizo nada para acudir en su ayuda. Recordaba lo dicho por Lorna: «Esta chica es una embustera espantosa».

—Pero… pero esto es horrible —susurró ella—. Esto es monstruoso… No has podido de verdad creer en algo tan horrendo… como lo sería que yo te hubiese pagado para matar… a mi padre.

Ansiaba él creerla. Deseaba que ella dijese la verdad ahora.

—Bueno, yo no he dicho exactamente esto. Digamos que te hacía falta un aventurero, un borrachín como yo, sobre quien hacer recaer las sospechas. Si hubieses llamado a la policía, nadie hubiera dudado de la triste historieta que hubieras contado.

Sacó Kimber el fajo de billetes de su bolsillo.

—Estos papeles de banco representarían un móvil muy lógico. Todo me hubiese acusado y un tipo que ya no recuerda bien cómo pasaron las cosas anoche, mal puede defenderse.

Maryan reprimió algo parecido a una exclamación indignada.

—Pero, ¡te lo inventas todo tú!

—A falta de algo mejor, bien tengo que deducir esto de todo nuestro extraño encuentro en mi neblina especial.

—Pues todo es falso del principio al final.

—Lo celebro. Y si tienes una explicación mejor que la mía, no sabes lo mucho que te lo agradeceré.

—Tienes derecho a estar enojado, supongo.

—Gracias. Muy generoso de tu parte, Violet.

—Ya sabes que soy Maryan Garvin, pero es horrible que puedas haber siquiera pensado que yo… que yo… La verdad es que esta mañana estaba yo tan asustada que ni se me ocurrió meditar en lo que tú pudieras pensar… ¡Es horrible…!

Y lo que siguió no resolvía en nada el problema de Alex Kimber, sino que lo aumentaba.

Maryan Garvin fue encogiéndose hasta quedar echa un ovillo sobre la alfombra. Un desmayo perfecto. No simulado. Al menos eso le pareció a Kimber.

* * *

—Estábamos hablando y, de pronto, perdió el conocimiento. Está fría… Se mojó mucho… Y se ha desmayado.

Lorna Blondel habló secamente, pero también a la vez sus palabras sonaban protectoras.

—Ya lo veo. No soy ciega. Cesa ya de agitarte como un inútil y vete mientras le quito a Maryan su ropa mojada. Trata de hacer café, si es que sabes…

Kimber pasó a la cocina atareándose en manipular el bote de café molido, la cafetera, el hornillo…

Nunca había acogido mejor a una persona como cuando vio aparecer en el estudio a Lorna. Primero, ella le echó una mirada acusadora, como si él hubiese tumbado a Maryan a golpes.

Lorna le llamaba ahora:

—Ya está recobrando los sentidos.

Acudió Kimber apresuradamente

Oyó lo primero que dijo Maryan

—Alex, oye…

Se dio cuenta que ella sabía su nombre.

Y debía saber muchísimas más cosas aún. Se aproximó al diván donde ella estaba envuelta en una manta caqui del ejército.

—Bien, aquí estoy, y te escucho.

—Las cosas no han sucedido como te has creído. Fue terrible…

Se subió ella más la manta en tonto a sus hombros, estremeciéndose.

—Ya era tarde cuando llegamos al apartamento de mi padre. Serían las once, aproximadamente. Tú… tú estabas atrozmente borracho, pero conseguí extraerte del coche y meterte en el ascensor. Había luz en el despacho de mi padre. Yo quería presentarte a él.

—¿Presentarme, si dices que estaba yo asquerosamente borracho? Entonces es que tu padre debía ser un hombre muy

liberal y tolerante, digo yo…

Ella no parecía escucharle. Le brillaban los ojos intensamente, evocando.

—Al llegar a la sala, descubrí el cuerpo. Me quedé paralizada. No podía gritar, ni moverme. Tú tropezaste con el atizador del fuego y lo recogiste. Este es el motivo por el cual tenías sangre en la manga.

—¡Lo que faltaba…! O sea, que para arreglar las cosas más a mi favor, rellené el atizador con mis huellas dactilares…

—Y yo… como comprenderás, no estaba para fijarme en estos detalles y no pensé en borradas…

Kimber miró a Lorna. Visualmente preguntaba: «¿Cómo saber cuándo miente esta chica y cuándo puedo creerla?».

Pero si Lorna tenía su opinión concreta, no lo demostraba. Seguía escuchando, inexpresivo el semblante.

Proseguía Maryan:

—Comprendí inmediatamente que había ocurrido algo espantoso. Todo el edificio estaba en silencio. Oí subir el ascensor. No se detuvo en nuestro piso, pero bastó para aterrorizarme aún más y darme el impulso de huir. ¿Hubiese tenido que quedarme y llamar a la policía? Es muy posible, pero cedí al pánico. Tenía miedo de proporcionarte muchas complicaciones, Alex,

—Vaya… Eso sí que es ser muy considerada —intervino Lorna.

—¡Te aseguro que es así, que soy sincera! Logré con bastante trabajo hacerle bajar por la escalera y colocarle en el coche. Había comenzado a llover… Llovía alternando con la niebla… Tuve que conducir al azar durante horas bajo la lluvia y por entre la neblina antes de traerlo aquí. Fue el único lugar que se me ocurrió.

—¿Y dónde fuiste después? —preguntó Lorna.

—Quería ir a casa de mi madre, pero no podía.

—¿Por qué no?

—No lo sé. No podía. Era una impresión rara. No podía.

Alex Kimber se cruzó de brazos, para mejor controlar su exasperación.

—Si tu madre tiene tanta imaginación como tú, ¡córcholis!, ha de ser muy agobiante oíros hablar a las dos, ¡carape!

Maryan Garvin se incorporó un poco, chispeantes los ojos.

—¡No me crees! Claro, no puedes creerme. Ya te has forjado tu

propia idea del caso y por más que diga yo, no te convences… Voy a tratar de ser razonable, prescindiendo de lo que me horripila la sola idea de hablar de ello… ¿Por qué iba yo a matar a mi padre? Aparte de lo monstruoso que es eso… ¡da la casualidad de que él era la única persona en el mundo a quien yo quería de verdad!

Maryan Garvin alzó las rodillas hacia su mentón, y quedó sentada, con el rostro casi oculto bajo la manta que la envolvía.

No lloraba. Permaneció un instante inmóvil. Lorna y Kimber la contemplaban silenciosamente.

Maryan alzó de pronto la cabeza y se puso a examinar a Kimber con aquella expresión penetrante que él recordaba tuvo ella la víspera en el Black Comer.

Y, por fin, anunció ella tranquilamente:

—Tú me vas a ayudar a encontrar quién mató a mi padre.

—¡Mira qué bien! —se indignó él—. Floto en una neblina, estoy en el Limbo, y ahora tú… Bien, sigue a ver. O sea, que yo voy a ayudarte a encontrar al asesino.

—No será muy difícil. Lo más difícil será demostrarlo, porque él es muy, pero que muy inteligente.

—Ah, ¿pero sabes quién es? —preguntó Loma.

—Creo que sí. Casi estoy segura. Papá era la única persona a quien él temía, la única que le estorbaba. Hipnotizaba a mi madre como hipnotizaba a todo el mundo, pero mi padre se le escapaba a sus malas artes. Mi padre no quería que yo me casase con él, si yo no deseaba hacerlo.

—Lorna cree que cuando viniste a vivir aquí, era para huir de Percy Mason.

—Ah… ¿pero le conoces?

—Nos hemos tratado un poco —afirmó Kimber, palpándose un puño.

—Lorna tiene razón. Él me perseguía con saña y mi madre deseaba mucho que yo me casase con él. Por esto acabé por aceptar.

Maryan hizo una mueca expresiva.

—Mamá se preocupa mucho por mí. Cree que debo casarme. Tal vez tiene razón, pero no se da cuenta que Mason ejerce sobre ella una especie de embrujo. Literalmente, la subyuga.

—Una especie de faquir, pero sin barba —ironizó Lorna,

Su comentario alertó a Kimber, recordándole que en su primera

aparición en aquel barrio, Maryan había mencionado castillos, *prima donna* y demás historietas.

Prefirió tratar de sondear a la extraña muchacha.

—Aparte ciertas razones evidentes en tu persona, ¿por qué Mason persiste en la boda?

—Dinero.

—Él tiene dinero. Sus negocios parecen irle bien.

—Parecen… eso es. ¿Cómo crees que le irían sus asuntos si mi padre no le hubiese apoyado financieramente?

—Dijiste que no simpatizaba con Mason.

—Claro que no, pero le ayudó por petición de mi madre.

—Ya. Y, según tú, ¿Mason habría asesinado al hombre que le alimentaba?

—¡Es la verdad! Además, poco me importa que me creas o no, porque de todos modos harás lo que yo quiera.

—¿Ah, sí? Pero, ¿es que te crees que soy un pelele o qué?

—Me tienen sin cuidado tus opiniones. Yo tengo un proyecto y sigo adelante. Por eso mismo no quiero que la policía me encuentre Ni tú ni Lorna me delataréis, me consta.

—¿Por qué estás tan segura? —quiso saber Lorna.

—Porque no sois malvados. No quiero que por ahora me encuentren. Por esta razón yo misma le prendí fuego a mi coche.

—Te notifico que fallaste. Tu coche no se incendió.

No se dignó ella tomar en cuenta la observación de Kimber.

—Cuento con vuestra ayuda para que pueda yo esconderme… Mason debe ignorar dónde estoy.

—¿Y si me niego, qué pasa? —interrogó Kimber.

—Me veré en la obligación de explicarles a la policía cómo me raptaste después de matar a mi padre.

—¡Esto es un chantaje asqueroso! ¡Te salva el hecho de que seas una mujer…!

Furioso, se atragantó Kimber, mirando indignado a Lorna, que dijo suavemente:

—Tómalo con calma, chico. Creo que, te pese o no, tienes que hacerle caso.

—¡Y un cuerno! Tengo mis medios de defenderme.

Miró ceñudo a Maryan. Ella parecía muy segura de sí misma.

—¿Puedo saber cuáles son tus medios de defensa, Alex?

—La policía tiene su técnica. Busca siempre el móvil. Y cuanto más pienso en ello, tanto menos veo qué pudo inspirarme el deseo de matar a tu padre, a menos que tú me pagases para hacerlo, cosa de la cual no creo te jactarías ante la policía. Después de todo, yo no tenía la menor relación con Cedric Garvin.

—Eso es lo que tú te crees —dijo Maryan con una expresión que no presagiaba nada favorable para Kimber.

—¿Cómo… que es lo que me creo? ¡Es la verdad! Ni siquiera conocía yo a Garvin.

Se acentuó la expresión enigmática de Maryan, y Kimber notó algo semejante a calambres en la boca del estómago.

Con repentina expresión angelical decía ella:

—Me olvidé de explicarte lo esencial. Tuve que conducirte hasta Guidiord, en Surrey. Tuve que sostenerte en pie durante la ceremonia, pero encontré un juez de paz tan ciego y tan ávido de dinero como tú mismo. Y tengo una excelente noticia que comunicarte. Desde ayer noche soy la señora de Alex Kimber.

Alex Kimber crispó los puños. Ella le miraba como una hermosa pantera podría contemplar a un indefenso cachorro de oso.

Lo que infundía cierto temor íntimo a Kimber no era tanto la noticia en sí como el modo en que le hablaba Maryan.

Debía ella tener, evidentemente, sus razones para actuar de un modo tan raro.

Añadió ella:

—He pagado dos mil libras para tener este privilegio

—Muy halagador para mí.

—Y tanto… Hubiese podido obtener lo que deseaba, a mejor precio. Pero cuando te vi acariciar tu último billete allá en el Black Corner, comprendí que tú eras el hombre que me convenía. Me dije a mí misma: «Maryan, he aquí alguien con quien podrás entenderte fácilmente. Se nota que es un aventurero y que está navegando en una neblina»… No me equivoqué, ¿verdad, Alex Kimber?

Kimber prefirió eludir la pregunta. Hizo otra:

—¿Esta boda de camelo era para escapar de Mason?

—Primero, no es una boda de camelo, sino legítima. Segundo, tienes razón. Fue para escapar a los tejemanejes de Mason. Y ahora que ya no puede casarse conmigo, la fortuna le pasa debajo de las narices y se queda sin ella.

—¿Qué fortuna?

Maryan Garvin exhibió una sonrisa árida.

—Ya me suponía que este detalle te interesaría. Se trata de mi fortuna, muy mía. Papá nunca tuvo confianza en la habilidad de mi madre para los asuntos financieros, y es por este motivo que puso todos sus bienes a mi nombre, porque la idea de pagar impuestos al fisco le daba náuseas. Soy, por lo tanto, heredera de un millón y pico de libras. La única pega es que soy menor legalmente. No he cumplido los veintitrés. Me era preciso un tutor… o un marido

Poco a poco asimilaba Kimber la maniobra de Maryan. Y empezaba, sin saber por qué, a creer en ella, a dar por hecho que decía la verdad.

No era tan absurdo lo que ella había insinuado. ¿Y si él lograba demostrar que Percival Mason había asesinado a Cedric Garvin?

Le costaría, pero valdría la pena. Si Maryan ya había pagado una bonita cantidad para agenciarse un marido de papel, pagaría todavía más para librarse de él.

—¿Y bien, Alex? Ahora, ¿qué opinas de cuanto te he revelado?

Intervino, irónica, Lorna Blondel:

—Déjale reponerse un poco, muchacha. Se ha quedado más que aturdido, alelado. Pero no es tonto ni mucho menos, aunque ahora ponga cara poco inteligente. Es posible, Maryan, que hayas encontrado al hombre que te sirva para desenvolver toda la madeja liosa en que te encuentras envuelta.

CAPÍTULO VII

ALEX KIMBER y su esposa improvisada disponían de un pisito no lejano a la calle Guild. La propia Lorna se había ocupado de conseguirlo.

Un *living* con sofá-cama, una alcoba, una cocina-comedor y un cuarto de baño.

Lorna les había anunciado:

—No os podéis quedar aquí. Primero, no hay espacio suficiente. Segundo, los discípulos de Sacha Danilof reconocerían a Maryan, y tercero… no tengo intención de acabar mis días entre rejas.

Pero ella misma se ocupó también de adquirir una prenda menos vistosa que el abrigo de visón, y algo de ropa para Kimber.

Cuando él sacaba dinero para resarcir a Lorna, dijo Maryan:

—Deberías llevar las cuentas. Te reembolsaré cuando todo este asunto quede solucionado.

—Es lo menos que cabe esperar —rezongó él.

Durante dos días, Alex Kimber vivió una extraña existencia de recluso bien atendido y bien alimentado. Leía toda la prensa que podía y pasaba luego a la lectura de toda clase de novelas, para que el tiempo impuesto de «apartamiento de la circulación» se le hiciera menos corto.

Durante el desayuno del tercer día, gruñó:

—Bien, ahora que hemos escapado de la celda que nos espera, ¿qué me toca hacer?

Había comprendido perfectamente, sin necesidad de explicaciones, que el sofá-cama le era destinado. Y dormía mal, pensando en que tras aquella otra puerta cerrada, estaba una preciosidad de mujer. La calmosa serenidad de Maryan le exasperaba.

—Ya te lo expliqué en casa de Lorna. Es preciso qua descubras

por qué Mason asesinó a mi padre.

—¿Así como así?

—Tú mismo dijiste que no iba a matar al hombre que le alimentaba. Debemos, pues, encontrar su móvil.

—Como ya he renunciado a discutir en vano contigo, y como he decidido actuar como si el jaleo en que me has metido es cosa normal…

—Perdona, pero no te obligué…

—¡No, no, qué va! Aprovechaste que estaba yo completamente flotando en neblina… Bueno, al grano, córcholis. En un periódico he leído que Mason pretende que se hallaba en vuestra casa de campo a noche del crimen. Afirma que fue allá invitado a cenar y que allí esperaba cuando vinieron a anunciar la muerte de tu padre. Declaración que confirma plenamente tu mamá.

—¡Claro! Si Mason la convenció para que ella le facilitase una coartada, ella habrá mentido para favorecerle.

—Mira, chica, me veo obligado a ser chismoso y de mal gusto Lo que acabas de decir no me agrada nada. Sugiere algo poco respetable con referencia a tu madre.

—¡No seas majadero, hombre! Entre Mason y mi madre no hay nada de nada. Lo que pasa, y ya te lo expliqué, es que Mason ejerce sobre ella algo así como sugestión. Mi madre es buena, pero no muy inteligente. Y logró Mason convencerla de que sería el marido ideal para mí.

—Ya. Bueno, entonces tengo que salir a ver si consigo algo que demuestre la culpabilidad del abogado. Y no pases cuidado. Regresaré.

—Me consta —replicó ella, sencillamente.

En el rellano soltó Kimber unas imprecaciones entre dientes.

Maryan Garvin había sabido elegir bien a su pichón. Le tenía preso en varios aspectos.

Bajó la escalera, guardándose en el bolsillo el papel donde con bolígrafo, Maryan había anotado unas direcciones y un número de teléfono.

* * *

—¿El abogado Mason no está en casa?

—No. Ni creo que vuelva durante algún tiempo. Asiste a los

funerales de Cedric Garvin.

Colgó Kimber el aparato y salió de la cabina. Tal vez no era muy prudente ir directamente al domicilio de Mason, pero tenía que aprovechar su ausencia para intentar descubrir algo.

Le abrió la puerta un individuo macizo, de frente estrecha y cabellos cortados a navaja. Obstruía la entrada. Vestía pantalón negro, camisa y chaqueta blancas y su duro semblante era hermético.

—El señor no está en casa.

—No importa. No tengo prisa. Entraré a esperarle.

—El señor estará ausente todo el día. Posiblemente volverá muy tarde en la noche, o tal vez mañana. Buenos días, señor.

La puerta se cerró. El mayordomo, lacayo o secretario, era peor que un muro infranqueable.

Kimber se dirigió al garaje donde un negro jamaiquino frotaba el capó de un rutilante «Daimler».

—Con este tiempo tan inseguro le sobrará trabajo —comentó Kimber.

El jamaiquino le midió de pies a cabeza.

—¿Es usted periodista?

—¿Por qué? ¿Le han dado mucho la lata?

—No, pero vinieron a manadas. También la policía. No terminaban nunca de hacer preguntas.

—Para saber sin duda si Mason salió la noche en que fue asesinado Garvin, ¿no?

—Es posible.

—Y por cierto, ¿había salido?

—Quizá. Yo no me meto en lo que no me importa, ¿sabe?

El jamaiquino regresó a su tarea de sacarle brillo al coche.

—La jovencita sí que no ha tenido suerte. Era muy bonita, ¿no?

—Eso dicen.

—¿No la vio nunca?

—Oiga, amigo, ya le he dicho que yo no me meto…

—Ya sé, ya sé, pero tenga misericordia. Yo debo ganarme la vida.

—Y yo también.

—Nada lo impide. ¿Hay un vigilante de noche aquí?

—Supongo que sí.

—¿Es usted?

—Negro soy, pero no tanto. ¿O es que se imagina que trabajo veinticuatro horas cada día?

—No, no, claro, pero a lo mejor usted sabía a qué hora sacó Mason su coche aquella noche.

—Según me dijeron, no lo sacó por una razón aplastante: Ya estaba fuera.

—¿Ah, sí? ¿Y desde cuando?

—No lo sé. Regresó su coche a la mañana siguiente. Lo limpié antes de almorzar.

—¿Estaba sucio el coche?

—La lluvia produce barro, ¿sabe? Y ya no sé más, amigo.

—Gracias.

Se alejó nerviosamente de la casa. «Descubre por qué mató Mason a mi padre», había dicho Maryan. Como si fuera algo tan sencillo como pedirle la hora a un transeúnte.

Le quedaban dos direcciones más. Una, ahora no le servía para nada. La otra debía ser la acertada. No estaba lejos. Para su gusto estaba casi demasiado cerca.

Habían pasado ya tres días desde la muerte de Cedric Garvin, pero Kimber acechó la calle para tratar de ver si había alguien parecido a un policía.

Le pareció que no. Subió las escaleras. Un ascensor es peligroso. Llama la atención. Abrió la puerta con la llave que le había facilitado Maryan.

Estaba muy oscuro aquel recibidor. A través de las persianas bajadas se filtraba la débil luz grisácea del día. En el despacho del muerto, todavía era peor.

Los pesados cortinajes velaban toda luz de los ventanales.

Alex Kimber encendió la lámpara sobre la mesa-despacho.

Y aunque la estancia no le fuese familiar, sabía exactamente donde estaba la lámpara. Posiblemente aquella noche, aunque alcoholizado, retuvo el detalle de la hermosa lámpara.

Procedió a un registro. Todo estaba muy meticulosamente ordenado. En el cajón del medio, en un rincón, encontró un carnet de cheques.

Hojeó el librito lateral de anotaciones. Pagos de facturas, y algunos llevaban el nombre de su mayordomo, Basil Burns.

Los cheques extendidos a nombre de la señora Garvin y Maryan, llevaban la mención «personal». Los dos últimos comprobantes tenían la fecha del mismo día en que fue asesinado Garvin.

Uno, de dos mil doscientas libras, había sido destinado a Maryan.

El otro indicaba una cantidad precisa: quinientas cincuenta y cuatro libras, a abonar a un tal Arnold Adler, también «personal».

Debía corresponder al pago de una factura. Sin embargo, las hojillas correspondientes a pagos de facturas estaban cuidadosamente prendidas juntas con clips. ¿Por qué aquella excepción con el llamado Arnold Adler?

En ninguna ocasión, la prensa había mencionado aquella identidad de Arnold Adler. ¿Acababa de descubrir algo importante o era algo que ni valía la pena de…?

No tuvo tiempo de seguir pensando.

Oyó el ruido de una llave girando en la cerradura.

Acababa de apagar la lámpara cuando la puerta de entrada se abrió.

Al principio escuchó dos voces, luego otra más. La primera era de hombre y decía:

—Voy a encender Todo está muy oscuro aquí. ¿Está de veras segura que desea quedarse, Rebeca?

Kimber respingó. El que hablaba era Percival Mason. Hallarse con su adversario en aquellas circunstancias no estaba previsto.

Una voz femenina contestaba:

—No existe razón alguna por la que deba temer nada. Percy. No soy una niña.

—Pero ha pasado unos días muy agobiadores.

—Ya me encuentro perfectamente bien. Después de todo, he de hacer frente a la situación por penosa que sea. Más vale comenzar ahora mismo.

Un tercer personaje entraba en el *living*.

—¿Se queda, mistress Garvin?

—Por el momento, sí, Basil.

Basil Burns, el mayordomo. Que como tal exponía:

—Le prepararé algo para comer, señora.

—Gracias, pero no tengo hambre.

—De todos modos, con su permiso le prepararé algo señora.

—Basil tiene razón —intervenía el abogado Mason—. Bien, no puedo quedarme. He de ver al inspector Drumond. Pero procure descansar, Rebeca. Vendré a buscarla apena pueda.

Mason se fue. También se alejó el mayordomo…

Solamente un tenue perfume revelaba la presencia de Rebeca Garvin. Oculto por la puerta, Kimber la vio avanzar hacia el despacho. Se detuvo en el umbral.

Su perfil era delicado y tenía la belleza de un camafeo antiguo. Su cabello parecía terciopelo negro. Nada en la gravedad de su semblante traicionaba su dolor íntimo.

Una dama. Con tradición severa, transmitida por generaciones, enseñándole a saber dominar sus emociones.

Aquellos pocos segundos se le antojaron siglos a Kimber.

Pero Rebeca Garvin no entró en el despacho. Dando media vuelta se alejó hacia la otra ala del extenso piso.

Kimber aguardó, tendiendo el oído, hasta que juzgó llegado el momento favorable de emprender la retirada.

* * *

Carol Saunders vivía en la cuadrícula de estrechas calles del barrio de Limes-on-Thames. Barrio exterior de artistas, estudiantes, y secretarias.

Residía en uno de los tantos miniapartamentos de una sola pieza llamados estudios, donde la cama se transforma en diván, la mesa de comer en escritorio y tabla de planchar, y la cocina está contenida en un armario.

Todo era limpio, nítido, como la propia Carol Saunders, imagen de la secretaria eficiente. Si la insinuación a propósito de una eventual relación privada entre Carol y Cedric Garvin era digna de crédito, Garvin debía tener gustos sencillos y escasa generosidad.

Con tono glacial se defendió Carol Saunders a modo de saludo:

—Los seguros no me interesan en absoluto…

—No vendo seguros. Represento a la Southwest Mutual y he venido a hacerle unas preguntas sencillas en su beneficio.

Kimber había leído la mención de la Southwest Mutual en los comprobantes del carnet de cheques de Garvin.

—Comprendo que para usted es un momento penoso —se excusó Kimber, sentándose en el escabel que ella señalaba—, pero

estoy convencido que deseará ayudarnos a esclarecer este terrible asunto.

—Con toda mi alma. Míster Garvin era un hombre admirable. Todavía no puedo hacerme a la idea…

La voz de Carol Saunders se truncó y sus labios temblaron. Dominándose, esbozó una débil sonrisa.

—Ruego me perdone, míster…

—Robinson.

—Pues sí, míster Robinson, como ha dicho antes, estoy pasando unas horas penosas. ¿En qué puedo serle útil?

—Como es lógico, mi compañía antes de pagar, desea saber quién mató a míster Garvin, tanto más cuanto que una de las personas principalmente beneficiarías parece seriamente implicada en el caso.

—¿Se refiere a Maryan Garvin?

—Sí. Ha desaparecido, lo cual ya es un extraño síntoma, ¿no le parece?

—En efecto.

—Usted conoce sin duda alguna a Maryan.

—Personalmente, no. Pero la veía algunas veces en la oficina.

—¿Ella trabajaba allí?

—¿Trabajar Manyen Garvin? Una muchacha como Maryan no necesita trabajar. Le bastaba tender la mano para recibir todo lo que deseaba. Míster Garvin era muy espléndido con ella y su esposa. Daba mucho dinero para las obras de caridad de su esposa. Recientemente, esta tuvo la idea de los «Verdes Jardines», una idea muy hermosa, para salvar a los niños pobres de sus tristes chozas. Con el tiempo, la institución podrá subsistir, por sus propios medios, pero su lanzamiento cuesta terriblemente caro. Y era siempre míster Garvin el que pagaba.

Carol estaba ansiando hablar, desahogarse. Apenas se detenía para tomar aliento.

—Naturalmente, no hago más que repetir lo que oía cuando el abogado Mason hablaba de esto con mistress Garvin.

—¿Percival Mason?

—Es quien se ocupa de todas las operaciones financieras de la señora Garvin.

—¿Se ocupaba también de las de Garvin?

La joven le escrutó. Se dio entonces cuenta Kimber que ella tenía los ojos pardos, pero salpicados de verdor glauco.

—Míster Garvin se cuidaba él mismo de sus bienes

—Pero se opondría a que Mason tuviera vara alta en los negocios de su esposa.

—¿Oponerse? No veo por qué. Aparte de que míster Garvin tenía mucho trabajo, Mason forma casi parte de la familia.

—En nuestra compañía, y se lo digo confidencialmente, llegó una información alegando que las relaciones entre Garvin y Mason no eran cordiales, ya que Garvin se oponía a que su hija se casara con el abogado.

Carol le miró estupefacta.

—¿Por qué iba a ser así? Mason es un hombre de toda confianza, muy apreciado por todos cuantos le tratan. Se suponía que ejercería una influencia beneficiosa sobre Maryan, ya que ella necesita alguien que le haga sentar la cabeza. Por cierto, aquel mismo día, Míster Garvin y el abogado Mason debían almorzar juntos. No pudieron.

—¿Mason no acudió?

—¡Oh, sí! Mason es siempre muy puntual. Llegó exactamente a la una. Pero míster Garvin se había marchado diez minutos antes, y había olvidado que aquel lunes tenía que comer con Mason. Este no se enojó. Es muy considerado y hasta hizo el comentario de que el olvido de míster Garvin debió ser motivado por la visita que le había hecho poco antes Maryan. Con frecuencia, ella sorprendía así inesperadamente a su padre.

—Por favor, explíqueme esto para que pueda entenderlo bien. Dice usted que Maryan hizo irrupción en el despacho de su padre, el lunes, y que este salió poco después de que se fuera Maryan.

—Sí, así fue. Se ausentó unas dos horas aproximadamente. A su regreso, parecía preocupado, pero como ya le dije, Maryan había venido a hacerle mimos para obtener dinero.

—¿Se lo dijo él?

—¡Oh, no! Pero esta era, generalmente, la razón por la cual visitaba Maryan a su padre, y me acuerdo que deslizó en su bolso un rectángulo de papel que se parecía mucho a un cheque.

—Cuando vino Mason, ¿qué hizo?

—Esperó unos minutos en el despacho de míster Garvin, y se

fue.

—Declaró usted a la policía que trabajó hasta tarde la noche en que fue asesinado Garvin. ¿Qué trabajo era?

Carol Saunders empezó a dar muestras de leve irritación.

—No veo verdaderamente en qué…

—Perdóneme, pero la compañía intenta simplemente esclarecer la verdad.

—Bien, yo no sé exactamente lo que hacía míster Garvin. Trabajó solo en su despacho hasta las ocho, y yo me quedé en la antesala para pasar a máquina varias cartas. Él me había autorizado a irme, pero no quise dejarle solo.

—¿Por alguna razón particular?

—Sí. Míster Garvin estaba agobiado de trabajo y bastante deprimido. Y después de lo que había sucedido este verano… ¿Sabe que sufrió un ataque?

—No.

—El corazón. Le sucedió durante el fin de semana en su casa de campo. Por este motivo, adquirió un apartamento en la capital, lo cual le facilitaba mucho el descansar más tiempo.

La apariencia de Carol Saunders no permitía suponer que era una aventurera que trastornase a los hombres. No era fea, pero tampoco era atractiva.

Levantándose, afirmó Kimber:

—No la molesto más. Le agradezco su colaboración. Por cierto, ¿sabe dónde puedo entrevistarme con Arnold Adler?

—¿Arnold Adler?

—Creo que era un amigo de Garvin. Debió verle en su despacho.

—¿Adler, Arnold? Lo siento, pero no recuerdo este nombre. No, no, estoy segura de que jamás visitó nuestra oficina.

Mientras terminaba de almorzar en un *snack* fue cuando se le ocurrió lo más sencillo. Buscar en la guía telefónica…

Era una corazonada. Podía fallarle, pero el último cheque pagado en vida por Cedric Garvin podía tener un significado importante.

Fue haciendo resbalar el índice por la columna «ad». No encontró ningún Adler, Arnold.

Iba a desistir y cerrar la voluminosa guía cuando se quedó como paralizado. Ahí estaba. Abajo de la página, a todo lo largo.

ARNOLD ADLER
Investigaciones privadas

CAPÍTULO VIII

EL inmueble era de ladrillos ennegrecidos por el hollín. En el segundo piso, sobre la puerta «A», el rótulo indicaba con letras doradas:

ARNOLD ADLER
DETECTIVE
Toda clase de investigaciones

La puerta, cuya mitad superior era de cristal opaco, no cedía, pese al letrerito invitando a «Empujar sin llamar».

En el rellano, un conserje estaba colocando un taburete bajo una lámpara cuya bombilla estaba fundida. Miró a Kimber, que seguía dándole cuartos de vuelta a la manija.

—Inútil. Adler no está.

—¿Cuándo vuelve?

—Ni idea.

—¿Hace mucho que salió?

—Tres, cuatro días. No recuerdo.

—¿Quiere decir que no le han visto hace ya tres o cuatro días?

—Eso dije.

—¿Y adónde fue?

—Ni idea. Va y viene. Nunca dice lo que hace.

Kimber contempló al conserje subiendo al taburete. Observó el llavero colgando de su cinto. Era bastante posible que una de aquellas llaves abriese la puerta del despacho de Adler.

El conserje desenroscó la fundida, extrajo otra bombilla del bolsillo y procedió a enroscarla.

—¿No tiene secretaria Adler?

—La tuvo. Se fue. El trabajo le convenía, pero también quería

comer. ¡Es un escándalo! Le venden a uno bombillas que no funcionan.

Apeándose del taburete, se alejó arrastrando los pies, chancleteando al ir bajando las escaleras.

O sea, que Adler había desaparecido desde hacía tres o cuatro días, meditó Kimber. Cuatro días antes, Garvin entregó al detective privado un cheque. Horas después moría Garvin.

La imaginación de Kimber empezó a trabajar morbosamente.

Extrajo del bolsillo el cortaplumas, y se cortó un reborde de suela. Parecía una loncha delgada de jamón pasado, salvo que era caucho

Aplicó un fósforo encendido a un extremo de la tirilla de goma, esperando a que prendiese, y la deslizó bajo la puerta.

Cuando reapareció el conserje, provisto de otra bombilla, comentó Kimber:

—Aunque sea perder el tiempo, esperaré unos diez minutos más.

El conserje subió al taburete y enroscó. Meneó la cabeza satisfecho al brotar la luz. De pronto frunció la nariz y empezó a olfatear como un perro de presa.

—Huele a quemado. Como si fuera caucho.

—Eso parece. Oiga, a ver si es un cortocircuito…

El conserje se apeó del taburete y se aproximó a la puerta del despacho de Arnold Adler.

—No me extrañaría que procediese de ahí dentro. Es un inquilino que se cree electricista y hace unos empalmes desastrosos…

La llave se encontraba en el manojo del conserje que la introdujo inmediatamente en la cerradura. Penetró, internándose tras él Kimber, que tuvo tiempo de tirar lejos la lámina de caucho ya carbonizado.

Tenía otra preparada. La insertó de modo que bloqueara el paño para que la puerta no se cerrase más que a medias.

Salió de nuevo al pasillo y aguardó el regreso del conserje que al coger su taburete masculló:

—Debía ser algún esparadrapo de empalme. No hay peligro.

Cuando el ruido de sus pasos se hubo extinguido escaleras abajo, Kimber hizo leve palanca con la hoja del cortaplumas y el pestillo medio cerrado cedió, abriéndose.

La antesala era más que modesta, y el despacho se componía de una mesa, dos sillones y un archivador. Un cajón de este estaba medio abierto.

Alguien había forzado la cerradura.

Las fichas iban de la letra «F» a la «Ju». No figuraba ningún cliente llamado Garvin. Fue a la mesa. Los cajones estaban casi todos vacíos. Guías, folletos, planos de calles de varias ciudades, novelas, revistas, y una pequeña libreta.

Muchos números a lápiz. Anotaciones de gastos, nombres. Y en una de las últimas páginas, halló Kimber lo que deseaba. En lo alto de la hojilla decía:

«Cedric Garvin. Honorarios: 180 libras.»

Seguía una columna de cifras bajo la mención «gastos». La suma total ascendía a 554, exactamente el monto del cheque expedido en el día de su muerte por Cedric Garvin.

Una de las tarjetas de propaganda llevaba la dirección particular del detective Arnold Adler.

* * *

El domicilio particular de Arnold Adler se componía de la mitad independiente de una casa de una sola planta, habitada por un vecindario barriobajero.

No, no estaba Adler. No le habían visto desde el lunes. Y añadió amargamente:

—Todavía no me ha pagado su alquiler de noviembre.

—Esto sí que es molesto, caramba. Espero que mi amigo Arnold no tendrá dificultades monetarias. Y en todo caso, precisamente he venido a pagarle una deuda. Quizá no tarde en volver. Puedo perder media hora esperándole. Iré a un bar, y tal vez vuelva.

—No quisiera que por mi culpa, se perdiese el señor Adler la visita de un amigo suyo. Pase, pase. Le esperará en su casa.

Abrió ella la puerta y, discretamente, le dejó a solas.

El mobiliario debió ser nuevo a principios de siglo, se dijo Kimber. Empezó su registro por los armarios. No sabía lo que buscaba concretamente. Confiaba en la mejor auxiliar de los audaces: la suerte.

No había nada interesante en el guardarropa, salvo las dos maletas. Era difícil que el detective hubiese partido de viaje laboral, a menos de tener tanta prisa que hasta se hubiese dejado, además de las maletas, el cepillo de dientes y la maquinilla de afeitar en el cuarto de baño.

La cama estaba sin deshacer. Había un periódico doblado sobre la acodadera de un sillón. Al lado, una mesita, un transistor, un cenicero lleno de colillas, y un vaso de whisky medio lleno.

Kimber se instaló en el sillón tratando de imaginarse la escena. Adler se sienta al anochecer, ya que el periódico era una edición de la noche, fuma, y escucha la radio, bebiendo.

Kimber hizo funcionar la radio. Primero oyó chisporroteos. Luego una voz breve, concisa, empezó a dar órdenes mencionando cifras, calles, y números de coche patrullas.

O sea, que Adler bebía, fumaba y oía los comunicados de la policía. El periódico era del lunes.

Y, súbitamente, todo le pareció clarísimo. El lunes por la noche fue asesinado Garvin. Aquella misma tarde, Arnold Adler, que acababa de ganarse una buena cantidad para descubrir pruebas contra alguien, pruebas que le encomendó Garvin que buscase, estaba sentado en aquel sillón

Cuando oyó mencionar el asesinato de Garvin, el detective, sabiendo perfectamente quién podía desear la muerte de su cliente, abandona velozmente su domicilio.

¿Para ir a la policía? No. ¿Para huir? Tampoco. Esta reacción no era la propia de un hombre de su profesión. ¿Chantaje?… ¿Hacerse pagar para guardar silencio?

Mientras reflexionaba elaborando teorías, atrajo Kimber sin intención precisa, el cajón de la mesita. Había una revista con pronósticos para las carreras de caballos, un folleto de un club nocturno, y un pequeño álbum de fotos.

Las instantáneas se parecían todas en un detalle. Siempre era el mismo individuo. De claro cabello y cara cínica, unos treinta y cinco años máximo.

Lo que cambiaba era el decorado, una playa, nieve, un parque, un río. Y la mujer.

En cada foto la mujer era distinta, mientras que el acompañante siempre era el sonriente Arnold Adler. Debía llevar una vida muy

agitada e interesante, pensó Kimber.

Pero la foto que verdaderamente le interesó era la contenida en el encuadre apropiado del folleto del club nocturno.

Adler, con su eterna sonrisa, alzaba una copa. Con su brazo libre rodeaba el talle de una espléndida rubia, fascinante en su vestido de noche, de escote vertiginoso.

Cuando Kimber logró separar los ojos de aquel escote hipnotizante, reconoció a la mujer.

Era Dafne, la secretaria del abogado Mason.

* * *

La secretaria Dafne salió del ascensor y avanzó por el amplio vestíbulo. Cuando llegaba a la salida dando a la calle, surgió Kimber desde detrás de una columna y la cogió por un codo.

Respingando, dilató ella los ojos.

—¡Usted! Conque es usted, ¿eh?

—Celebro que me recuerde.

—¿Que si le recuerdo? Oiga, Mason quiere verle.

Estaban ya en la acera.

—Me extraña. No pensé que Mason quisiera verme.

—Me ha dicho textualmente: «Si vuelve a ver a ese falso periodista, llame a un guardia».

—¡Córcholis! ¿Qué hice yo?

—Suélteme, o llamo a un guardia.

Señaló Kimber el cercano Lyons de confortables banquetas y excelente té con toda clase de pastas y licores.

—Permítame invitarla a lo que sea y le revelaré algo sensacional.

Los negros ojos de la rubia destilaron curiosidad repentina.

—Acepto. Pero cuidado, no se equivoque conmigo. Al primer desliz que cometa, llamo a un guardia.

—¡Cáspita con el guardia! ¿Es que tengo cara de sádico?

—Un poco.

Entraron en el local, instalándose en una mesita esquinada. La camarera anotó las consumiciones solicitadas. Dafne tocaba el piano nerviosamente sobre la mesita.

—O sea que Mason quería verme. ¿Le explicó por qué?

—Dijo que usted era tan periodista como él. Eso es cuanto dijo.

—Y tenía razón.

Sacó Kimber el folleto compuesto por una cartulina doblada. La abrió mostrando la foto. Dafne pareció algo sorprendida, pero nada confusa.

—¿Cómo tiene usted eso?

—¿Conoce a este hombre?

—Se nota, ¿no? Es Adler.

—¿Sabe dónde está ahora?

—Ni lo sé ni me importa. No me interesa.

—Pero la esposa de él sí que se interesa por usted.

—¿Su esposa? Valiente bandido… Nunca me confesó que estuviera casado. No sabía que tuviera esposa.

La camarera fue distribuyendo platillos, tazas, cestita y copas. Apenas se marchó, Kimber siguió en su triunfal carrera de mentiras.

—Ahora que la esposa vio esta foto, ha jurado que cuando sepa quién es la rubia de la foto, la desfigura.

Se atragantó Dafne.

—Oiga, oiga… ¿No le diría usted…?

—Ni media. Pero el problema solo podría arreglarlo el propio Adler. ¿Dónde está?

—¡Yo qué sé! ¿Por qué iba a saberlo? Solamente le vi dos o tres veces. Vino al despacho a ver a Mason, pero Mason no estaba. Se dedicó a proponerme que saliese con él. Para que me dejase en paz acepté. Nada más.

—¿Adler logró verse con Mason?

Dafne encogió los hombros dedicándose a reponerse de las emociones con pastelillos y té fuerte. Alternando con leves sorbos de ginebra.

Comentó Kimber:

—No debe ser fácil entrevistarse con Mason, hombre muy atareado administrando las numerosas actividades comerciales de la señora Garvin. Creo que hasta él se ocupa de las obras de caridad de Rebeca Garvin Ella debe distribuir mucho dinero en un año.

—¿Y por qué no? No es ella quien lo gana. También me habría sido fácil ser caritativa si mi marido se hubiese llamado Cedric Garvin.

—Yo creía que ella poseía una fortuna personal.

—Era una aristócrata con propiedades llenas de hipotecas. No

tenía un penique cuando se casó con Garvin… Oiga, ya me cansé de chismorrear. Empieza por hablarme de Adler, luego de los Garvin y Masen… ¿Y usted quién es y qué quiere?

—Se lo dije al principio, preciosa. Busco a Arnold Adler. No sé si le dijo en qué trabajaba. Yo se lo diré. Era un detective privado al que contrató Cedric Garvin para que comprobase los tejemanejes que se trae su patrón, el abogado Mason, particularmente en lo que concierne su gestión administrativa de los fondos comerciales de Rebeca Garvin.

Dafne se limpió los labios antes de silabear indignada:

—¡Miente usted!

—Haga una prueba. Pregúntele a Mason qué ha hecho con la copia del informe que ha robado del despacho de Adler y pregúntele también qué le ha pasado al propio Adler.

Kimber no necesitaba poseer los conocimientos profesionales de un Adler para darse cuenta que ya era hora de desaparecer.

Antes que Dafne llamase a un guardia.

Levantándose, soltó la última flecha.

—De paso, informe también al bellaco de su patrón que Adler tenía varios ficheros y que no es él quien únicamente sabe lo que contenía cierto informe que destruyó.

Se dirigió a la caja con el ticket. Mientras pagaba, vio cómo Dafne se había abalanzado a una cabina telefónica. Era evidente que cumplía con su deber. Informaba a su patrón.

Se sintió más seguro en la calle Pimlico, muy concurrida. Seguía pensando en Adler. Si la policía podía establecer una relación entre la desaparición del detective Adler y el asesinato de Garvin, las iba a pasar apuradas el abogado Mason.

Pero él no podía ir a la policía. Había pensado hacerlo alguna que otra vez, desde que Maryan Garvin surgió en la neblina, para trastornarle la existencia.

El temor de que la policía reconociese en él al desconocido borracho del Black Corner, le contenía.

Le quedaba un recurso. Entró en un estanco adquiriendo un sobre, papel y sello.

Las cartas anónimas eran repulsivas por lo general. Pero si servían para detener al asesino, y salvarle a él…

El inspector Drumond, de la Criminal, recibía muchas cartas

anónimas.

Pero tal vez le interesase la que mencionara cierta página de la libretita de cuentas personales del detective Arnold Adler.

Se dirigió hacia el domicilio de Lorna Blondel. La pintora había aceptado alquilarle un coche, dando ella su nombre.

Era simpática Lorna. Muy tranquila, excéntrica, pero sin nervios. Resultaba sedante charlar con ella.

Arropada en una bata flotante llena de manchas de color, anunció que estaba dando los toques finales a una obra que sería la que le llevaría al pináculo de la fama y la fortuna.

—…Y te dejé en la esquina un «Morris» totalmente igual a cientos de otros. ¿Progresas en tu pesquisa de televisión?

—¿Cómo de televisión?

—Vienes a ser algo así como *El Fugitivo*. ¿Averiguaste algo?

—Me escama cierto negocio llamado «Verde Jardín».

Asombrada, repitió ella.

—¿Jardín Verde? ¿Qué es eso? ¿Una pensión para coristas jubiladas?

—Parece ser que es una obra filantrópica de Rebeca Garvin que, en teoría, viene a ser una casa de campo apta para transformarse en centro educativo de jóvenes candidatos al crimen.

—¿En teoría? ¿No pretenderás insinuar que Rebeca se dedica a organizar una pequeña Mafia por su cuenta?

—No, no. Es que me he vuelto muy desconfiado, y es difícil convencerme que esta casa existe siquiera.

Lorna parecía anticiparse a lo que sospechaba Kimber. Dijo:

—Estás suponiendo que tu amigo Mason se llena los bolsillos a expensas de las buenas obras de su cliente Rebeca.

—Intentaré demostrarlo.

—¿Y Rebeca?

—No debe ni sospecharlo. Según Maryan, ella se limitaba a endosar los cheques que firmaba Garvin, y posar para la prensa entre chiquillos más o menos sucios. Mason es el que maneja el tinglado.

—Supongo que habrás meditado que es peligroso para ti desafiar a Mason.

—Claro, pero corro toda clase de riesgos mientras no hayan detenido al verdadero asesino de Garvin, o sea, que, uno más, uno

menos… ¿No me digas que te preocupa mi salud?

—Lo que me preocupa es el coche. Está alquilado a mi nombre.

Y tendiendo el brazo pulsó Lorna el interruptor. La lluvia empezaba a caer, repicando suavemente en los cristales. Una algodonosa neblina iba bajando sobre Londres.

—La lluvia siempre me pone melancólico —dijo Kimber, levantándose y yendo hacia la puerta—. No sé qué efecto le producirá a Maryan. Gracias por todo, Lorna.

—Me lo repetirás cuando los dos vayamos a hospedarnos en la fonda de rejas del Gobierno.

Fuera, la lluvia formaba una cortina opaca de plata, al mezclarse con la ligera neblina.

Se dirigió hacia donde le había dicho Lorna que estaba el «Morris». Avanzaba inclinada la cabeza. No vio encenderse los faros del coche estacionado al otro lado de la calle. Arrancó de pronto, embalando, y apuntando rectamente hacia el solitario transeúnte.

Instintivamente, Kimber saltó e un lado, mientras la portezuela del coche se abría y un individuo, macizo, compacto, se precipitaba sobre él, matraca en alto.

Al efectuar su salto, pudo Kimber esquivar parte del golpe, pero el choque lo proyectó contra el suelo. Intentó agarrar por las piernas a su agresor, pero falló, abrazando aire neblinoso.

Se movió a ciegas tratando de evitar otro golpe.

A lo lejos le pareció oír una voz llamándole. Oía pasos acercarse por la acera. Y la voz de Lorna Blondel:

—¡Alex! Olvidaste las llaves del coche.

Comprendía ahora por qué seguía esperando un golpe que no llegaba. La repentina y providencial aparición de Lorna, había puesto en fuga a su agresor.

Oía el rumor del coche alejándose, extinguiéndose.

Con esfuerzo logró ponerse en pie.

En la neblina se siluetaba ya la figura de Lorna Blondel.

CAPÍTULO IX

—¿CÓMO te encuentras? ¿Qué te paso?

—Me encuentro vivo, y llegaste a tiempo. Dame llaves.

Rechazaba a Lorna que quería, sostenerle en pie. Ella estaba sujetándole por las solapas de la gabardina. Insistió ella:

—Estás herido… Veo sangre en tu cara…

—Se limpia con un pañuelo. Dame las llaves.

—¿Quién era?

—Mason.

—¿Estás seguro?

Titubeó Kimber. El de la matraca, ¿era realmente el abogado? Mason no era de la dase de los que se encargaban personalmente de estas faenas.

Pero no cabía duda que no sentiría el menor escrúpulo en pagar para que le abriesen el cráneo a un molesto intruso, si ya había suprimido a Cedric Garvin.

—El que estaba al volante, pude reconocerlo, porque había el resplandor rojizo del cuadro de mandos. Era el sujeto que me abrió la puerta cuando pretendí visitar el domicilio de Mason. Creo que es una especie de lacayo secretario para todo. Y ahora, Lorna, vete. Pueden volver.

Cogió las llaves que ella le tendía. No se resentía demasiado del golpe recibido, salvo que le parecía tener un corazón palpitante en lo alto del cráneo.

Apresuró el paso hacia el «Morris» que ya había localizado.

Era la hora en que todo se diluía en el anochecer, pero prefirió encender los faros únicamente cuando dejó atrás la desierta calle Guild.

Condujo con lentitud, dando varios rodeos, hasta asegurarse que no era seguido. Aparco algo más lejos del inmueble de estudios.

Protegido bajo el toldo de una tienda, comprobó que ningún coche venía a detenerse cerca del «Morris».

En el rellano oyó una música procedente del estudio que compartía con Maryan. Entró cautelosamente.

Maryan estaba sola. Había comprado una radio portátil que brillaba lustrosa sobre un estante de la cocina.

Kimber sorprendió a la enigmática heredera bailando unos compases de una música que no identificó, pero que debía ser húngara. Una especie de czarda.

Maryan Garvin describía vueltas, pies desnudos, flotante la melena color cobre dorado.

Tan ensimismada que no se había dado cuenta de la entrada de Kimber. Al verle, fue aminorando su rotación hasta inmovilizarse. Como una marioneta cuya cuerda se ha detenido.

—Yo… pues me sentía muy sola —balbució.

Por primera vez parecía haber perdido el aplomo, asustada por la dureza de la mirada de Kimber. Tenía aspecto de chiquilla temiendo ser regañada.

—No… no costó muy cara la radio, ¿sabes?

Kimber fue a girar el botón y cesó el ritmo trepidante.

—Magnífico. Por lo visto estás en excelentes relaciones con los comerciantes del barrio, la panadera, el carnicero…

—El carnicero, no. Siempre me asqueó entrar en una carnicería con tanta carne roja, sangrando… He preparado una cena que… ¡Oh, sangre…! ¡Estás herido!

Kimber se había quitado el abollado sombrero. Ella miraba con espanto la frente cubierta de sangre.

—No es nada. ¡Un rasguño y un chichón!

En el cuarto de baño, bajo el grifo del lavabo, fue remojándose Kimber la brecha que carecía de importancia. Secándose, la recubrió con una tirita de esparadrapo con mercromina.

—¿Qué… qué te pasó, Alex?

—Tropecé en un bordillo. Con la neblina no se veía ni pizca.

—A veces hablas un poco como un *gangster* o un matón, ¿sabes?

—No creo que viniste a pedir mi blanca mano en el Palacio de Buckingham. ¿No te siguió nadie cuando saliste?

—No. Además, te consta que nadie sabe que estamos aquí.

—La idea de quedarnos más tiempo aquí, ya no me gusta. Han

visto a Lorna.

—¿Quiénes?

—Los que espiaban mientras yo iba por el «Morris». Es posible que intente ir a su taller de pintora para sonsacarle nuestra dirección.

—Ella no es cobarde, ni mucho menos. No diría nada.

—Hay medios de hacer hablar a la mujer más valiente. De todos modos, estaré más tranquilo, si nos mudamos…

—¿Dónde? ¿Dónde podemos ir, Alex?

Contempló a Maryan, que se destacaba en el fondo luminoso de la puerta de comunicación. Ya no había nada en común entre la misteriosa aparición de la mujer del Black Comer y aquella niña absurda que no comprendía que no debía exhibirse por la calle.

Una chiquilla totalmente inconsciente que bailaba al compás de la radio, mientras la muerte la acechaba.

—Conozco un lugar donde a nadie se le ocurrirá buscarte. Habitaciones en lo alto de un bar de un conocido mío. El barrio es mísero, muy poblado, y nadie pensará en buscarte por allá.

Dócilmente, ella asintió. Mientras empaquetaban sus cosas, quiso ella saber:

—¿Averiguaste algo nuevo? Estuviste ausente todo el día.

—De momento, sigo flotando en la neblina. Cuando sepa algo positivo, ya te le comunicaré. Vámonos.

* * *

Alex Kimber no tuvo dificultad alguna en hallar la mansión de campo de los Garvin. A lo largo de la gran avenida que conducía a la casa, sintió acrecentarse su confusión.

¿Cómo hablar él a una aristócrata cuyo marido había sido asesinado y cuya hija había desaparecido?

¿Qué manual enseñaba el arte de presentarse a una multimillonaria, siendo un aventurero sin un penique, alojándose en un cuartucho encima de un bar, y que, por añadidura, es el yerno de la mencionada dama?

Había llegado al patio donde se alineaban las caballerizas. La blanca casita debía ser la del guarda. Un poco apartada, entre la arboleda, se erguía la soberbia mansión de grandes tejados pizarrosos, inclinados.

Un robusto sujeto de camisa a cuadros rojos, chaleco negro, pantalón de montar y cara de pocos amigos, salía de un establo, aproximándose muy ceñudo.

—¿Qué hace usted aquí?

Paró Kimber el motor.

—Deseo ver a la señora Garvin.

Un dogo mostrando los colmillos hubiera resultado más amistoso que aquel individuo.

—¿Otro chismoso más que viene a molestar a la señora? Ya puede dar media vuelta y largarse. Ocúpese de sus asuntos.

—Le hablé con educación, compadre. No soporto muy bien que pretendan intimidarme. Y precisamente he venido porque me ocupo de mis asuntos.

Apeándose, agregó Kimber:

—La señora me recibirá a menos que no le interese tener noticias de su hija.

El caballerizo se transformó de agresivo en pensativo. Masculló con menos rudeza:

—Un momento. Aguarde, por favor. Iré a avisar a mistress Garvin.

Kimber encendió un cigarrillo. El guarda se había alejado a grandes zancadas. Kimber apenas exhaló varias bocanadas de humo cuando tuvo que aplastar la colilla bajo el tacón.

Rebeca Garvin se aproximaba rápidamente, pero con elegante majestuosidad. Indudablemente, era toda una dama, meditó Kimber. Acudía desde una de las caballerizas, y hasta con su traje de amazona, oliendo a caballo, imponía.

A medida que se acercaba, iba quitándose los guantes, sin apartar sus ojos de Kimber.

—¿Desea usted verme?

—Sí.

—No me ha dicho su nombre.

—Me llamo Kimber,

—¿Y pretende poder darme noticias de mi hija?

—No es que lo pretendo. Se las doy. Maryan está en perfecto estado de salud, y no le ha ocurrido nada.

Rebeca Garvin miró a lo lejos, hacia la ondulada línea azul de las colinas. Murmuró por fin:

—Me enseñaron desde muy niña a contener mis emociones. Por ello solamente puedo decirle… Muchas gracias, señor Kimber.

Sencilla, noble, señorial. Pensó Kimber que si lo que iba a decir, estropeaba las cosas, y en vista de que el guarda se había eclipsado, siempre le quedaría el recurso de saltar al «Morris» y salir huyendo.

—Me figuro lo que piensa, señora. Se pregunta quién soy y por qué sé cómo está su hija. Se pregunta por qué si su hija no corre en verdad ningún peligro, no ha venido ella misma.

—Creo saberlo —dijo ella, calmosamente—. Usted es el muchacho que mi hija encontró en aquel bar, ¿no es así?

—Así es.

—¿Quién es usted, señor Kimber?

—Un hombre corriente.

—Ya… ¿Cuánto pide por decirme lo que sabe?

Frunció Kimber las cejas.

—Un momento, señora, no nos confundamos. ¿Acaso se imagina usted que tengo prisionera a su hija para obtener un rescate?

—En primer lugar, ignoro sus antecedentes, Kimber.

—No desciendo de duques, pero tampoco de bandidos, señora. Iré al grano. Maryan puede regresar cuando le parezca bien, ya que nadie se lo impide y menos yo, pero ella no manifiesta el menor deseo de volver. Por otra parte, ni siquiera sabe que he venido aquí.

—Ah… ¿Y puedo saber para qué vino?

—Posiblemente, porque soy un sentimental. Para tranquilizarla con respecto a Maryan. Hacerle saber que está viva y sin daño.

—Bien, gracias. ¿Y por qué no vino antes, señor Kimber?

—No he podido. Además, Maryan tenía miedo.

—¿De la policía?

—¡Carape! ¿Por qué iba ella a tener miedo de la policía?

Los ojos de Rebeca Garvin se velaron bajo las largas pestañas no postizas.

—Hay quien opina que ella pudo… matar a Cedric.

—¡Esto es monstruoso! Su hija, señora, no será un prodigio de sensatez, de acuerdo… Pero de eso a matar ella a su propio padre, a quien tanto quería…

—Entonces, ¿por qué se esconde?

—No por temor a la policía. A quien ella teme es al verdadero asesino de su padre.

El delicado rostro de Rebeca Garvin se crispó en mueca dolorosa. Dijo:

—Quizá será preferible que prosigamos es la conversación en casa.

«Quiere ganar tiempo y tratar de calarme a fondo —pensó Kimber—, pero no me hará la jugarreta de abalanzarse al teléfono y llamar a sus guardias, perros o a la policía.»

La siguió muy de cerca. Pero Rebeca no parecía tener intención de llamar a nadie. Lo precedía por la alameda recubierta de blanca gravilla y flanqueada de setos.

Por un gran ventanal que ella abrió, penetraron en una suntuosa estancia de paredes y techo con paneles de madera noble. La chimenea crepitaba con el llamear de troncos.

El sillón que ella le señaló era un prodigio de comodidad.

—¿Desea café, señor Kimber? ¿Licor?

—Nada, gracias. Puede apearme el trato. Y supongo que tendrá prisa por oírme hablar de Maryan.

—He esperado varios días. Entre otras cosas, la vida me ha enseñado a tener paciencia.

—Perdone la pregunta, pero ¿no experimentaba ninguna inquietud a propósito de su hija? Quiero decir sobre la posibilidad de que hubiese podido sucedería algo grave.

—Ya no, puesto que usted me afirma que no corre ningún peligro. Volvamos a lo que me decía hace poco, acerca de que Maryan tiene miedo de regresar a casa.

—Así es. Ya sabe usted cómo la conocí. En el Black Corner. Por lo que sea, ella decidió confiar en mí. Y yo decidí ayudarme, ayudándola a ella.

—Para lo cual ha emprendido usted una investigación personal.

—Era preciso. Se trata de mi piel.

—Esta cicatriz en la ceja, ¿le fue hecha boxeando?

—Recuerdo de un mal tirador congoleño. No tengo por qué ocultarle que soy lo que podemos llamar un fracasado. Fui barman, agente de seguros, corredor de apuestas, conductor de camiones y mercenario. Invertí mis ahorros en un negocio. Me arruiné. Y al gastar mi último billete, conocí a Maryan.

—¿Le agrada Maryan?

—Es simpática, atractiva y enigmática. Por mí… no contenga,

señora. Dígalo.

Sonrió tenuemente Rebeca Garvin.

—¿Qué es lo que debo decirle, Kimber?

—Que posiblemente lo que también me atrae de su hija es su fortuna. Admito que no le hago ascos al dinero, pero no soy de los que se casarían con una rica heredera, simplemente, por su dinero.

—Le creo. Bien… Hablábamos de sus investigaciones ¿Ha descubierto algún indicio?

—Tal vez. ¿Ha oído usted hablar de un tal Arnold Adler?

—No. Estoy segura que mi marido jamás mencionó este nombre. ¿Es una pista?

—Indudablemente. Era un detective privado al servicio de su esposo. Le había entregado una información y habría cobrado sus honorarios, el lunes. Aquella misma noche, su marido fue asesinado.

—No comprendo. ¿Con qué fin contrató mi marido a un detective?

—Lo ignoro, pero tengo mis sospechas, que creo fundadas. Por de pronto Adler ha desaparecido desde el lunes por la noche.

—¿Y cuáles son sus sospechas, joven?

—Me llamo Kimber o Alex, si lo prefiere. Lo de «joven» la envejece demasiado, señora.

—Gracias por el cumplido, Alex. Olvide lo de «señora».

—Es imposible, porque usted lo es. ¿Desde cuándo conoce a Percival Mason?

La repentina risa suave de Rebeca Garvin sobresaltó a Kimber.

—Perdone, Alex, no quisiera parecerle descortés o ligera de seso, pero ya me imaginaba que saldría a relucir Percival. ¿Fue idea de Maryan?

—En su origen, sí.

—Me lo figuraba. Cada vez que se pelea con Percival, le considera como un enemigo mortal que solamente quiere su fortuna. Debe tratarse de un temor natural por parte de una muchacha que posee una gran fortuna.

—He leído en los periódicos que Mason pretende haber pasado aquí toda la noche del lunes. ¿Es exacto?

El semblante de Rebeca adquirió un cincelado de dureza.

—No quisiera parecer grosero, señora, pero en su lugar no encubriría con una mentira tan evidente a nadie, ni aunque se

tratase de un futuro yerno.

—¿Está usted seguro que era una mentira?

—Por completo.

Y Alex Kimber respiró a fondo. Se sentía siempre más cómodo cuando era él quien atacaba.

—Es usted un hombre muy curioso, Alex. O bien excesivamente sincero y crédulo, o bien, bastante imprudente.

—Los tres defectos se complementan entre sí, ¿no? No digo que Mason sea un asesino, pero pudo cometer este crimen, ¿no le parece?

—Es posible, claro… Todo es posible, pero me resulta difícil creerlo.

—También debió parecerle imposible al principio, que su marido fuera asesinado. Sin embargo, el hecho es cierto.

Al meditar, Rebeca Garvin adquiría mayor belleza, más refinamiento. Dijo ella, por fin:

—Concretemos, ¿qué desea de mí?

—Tiempo. Tiempo suficiente para llevar a cabo cierta gestión antes de que la policía sea avisada de que la visité a usted. Este es uno de los favores que solicito.

—¿Y qué más?

—Creo que la clave del enigma reside en varias preguntas que le ruego me conteste. ¿Administra Mason el capital de la institución Verde Jardín?

—Veo que está bien informado, Alex. Sí, Percival administra, establece la planificación y tiene plenos poderes para ultimar el asunto.

—¿Qué asunto?

—La compra del terreno. Percival descubrió un sitio ideal, el otoño pasado. Apenas me lo comunicó, le firmé un cheque.

—¿Usted o su difunto esposo?

—Mi marido y yo vivíamos bajo comunidad de bienes.

—¿Suscribió el cheque a nombre de Mason?

—No. El cheque fue nominal para percibir por la persona que vendía la propiedad de la finca. La cantidad, cincuenta mil libras.

Silbó Kimber entre dientes.

—Lógicamente, debo traducir este silbido como expresión de que usted olfatea algo anormal en esta transacción.

—No sé. Todo depende de lo que ha recibido usted a cambio de sus cincuenta mil.

—Una casa, algunas granjas, un vergel y un prado. Exactamente lo que se necesitaba. Percival me dijo que hasta había un pequeño lago.

—¿Le dijo…? Vaya, vaya… ¿Es que no visitó usted la finca?

—Está a más de cien kilómetros.

—Un paseo que posiblemente le habría ahorrado a usted quinientas libras por kilómetro.

Rebeca Garvin, serenamente instalada en su sillón, fijaba la luz gris, neblinosa, de sus ojos, en el rostro de Kimber. Pronunció lentamente cada palabra.

—Se presenta aquí inesperadamente. Hace afirmaciones como si pensase que yo debo creerle ciegamente, y ¿se imagina que así, por las buenas, voy a perder toda confianza en un hombre al cual conozco hace años? ¿Un hombre al que aprecio lo suficiente como para desear que sea mi yerno?

—No le pido que incrimine a Mason solamente por lo que le digo. Es más, le ruego que no le cuente a él nuestra entrevista. Deme una oportunidad en esta guerrilla.

—Ya que lo llama guerrilla, ¿por qué no la mantiene usted a cara descubierta, abiertamente?

Sonrió Kimber.

—No tengo vocación de palomino, señora. Y mientras sepa que alguien, entre la neblina, pretende quitarme de en medio, emplearé las mismas armas que el enemigo invisible. Cautela, paso corto, mala intención y todos los recursos posibles para sobrevivir.

Por vez primera, Rebeca Garvin pareció tomarse muy en serio al visitante.

—Empiezo a creer que usted no es un inconsciente. Comienzo a confiar en usted, Alex.

—Lo celebro, señora. Ya que firmó un cheque a nombre del propietario de la finca, sabrá cómo se llama.

—Era un nombre raro… Déjeme hacer memoria… Algo parecido a los seguros marítimos… ¡Lloyd, eso es! Lloyd Crichton.

—¿Sobre qué banco?

—El Northland Regional.

Levantándose, manifestó Kimber:

—Gracias por todo. Apenas sepa algo nuevo, la telefonearé.

—Un momento, un momento… Quiero volver a ver a mi hija lo antes posible. Deseo que usted la traiga a casa. Estoy dispuesta a mantener mi parte en nuestro trato, Kimber. No diré nada a la policía, ni a Mason, por ahora. Pero ha de prometerme traer a Maryan.

—Haré cuanto me sea posible. Pero es algo que depende más de ella que de mí, ¿comprende, señora? No se moleste en acompañarme. Gracias.

—Recuerde una cosa, Alex Kimber Todavía nada está claro. Procure abreviar al máximo sus investigaciones.

Le acompañaba ella por la alameda. Como la señora de la casa despidiendo al invitado.

—¿Sospecha usted de mí, señora?

—¿No sospecha usted de Percival?

—Sí, claro, por ahora toda sospecha es lícita, pero en tal caso, y perdone… también podría incluirla a usted. Estaban separados usted y su marido.

—Nada he ganado con la muerte de Cedric. Le tolero lo que acaba de insinuar, porque no lo hace con mala intención. Le deseo suerte. Ya conoce mis dos direcciones, y los respectivos teléfonos. Esperaré su llamada. Y cuanto antes, que vuelva Maryan.

A unos veinte metros de distancia, aproximadamente, miró Kimber por el retrovisor.

Rebeca Garvin se dirigía nuevamente a las caballerizas… Una amazona distinguida, fría, dueña de sí misma.

CAPÍTULO X

EN el reservado del bar se comía bien y aislado de todo ruido y vista. Terminado el almuerzo, inquirió Maryan:

—¿Puedo saber lo que hiciste esta mañana?

—Un paseo. Necesitaba meditar.

—Yo también he reflexionado, Alex. No nos quedemos más aquí. Vayámonos.

—¿Adónde?

—No importa dónde. Alejémonos de Londres y no volvamos más. Olvidemos todo este asunto.

—Pero, ¡es absurdo, Maryan! No podemos irnos ahora. Tengo que llegar al final de mi investigación y ahora no lo soltaré. Apenas haya dado con el paradero del detective de quien te hablé, Arnold Adler…

—¿Por qué no?

—Si es que lo encuentras.

—Pero, ¿no comprendes que Arnold Adler ha muerto?

—¿Cómo lo sabes?

—Por simple deducción. Y cuando tú sepas lo que sabía Adler…

Había frases que no era necesario terminarlas.

—Correré el riesgo, muchacha. Me metiste en todo este jaleo, y ahora, por nuestro propio bien mutuo, he de ir hasta el fin.

—Bien. Como quieras. ¿Subes arriba conmigo o tienes que dar otro paseo reflexivo?

—Vendré más tarde. Hasta luego, Maryan.

* * *

Por teléfono, supo adoptar Kimber el tono adecuado:

—Por asuntos comerciales he de negociar con un cliente de su banco. Hace poco percibió un cheque nominal, endolsado, por valor

de cincuenta mil libras. Deseo solamente que me confirmen exactamente su dirección. Tenga la bondad. Espero.

Esperó unos minutos. La voz del empleado del banco informó, dándole la dirección.

Colgando, pensó Kimber que resultaba sorprendente que un hombre que había cobrado cincuenta mil libras, habitase en un barrio tan rayano con la truculenta hampa.

Limehouse. Bordes del viejo Támesis. Humedad, neblina y toda clase de olores poco refinados.

El domicilio de Lloyd Crichton era un hotel de tercer orden, entre un bar y una tasca.

Kimber empujó la puerta del hotel. Tras el mostrador situado en un rincón, un viejo mal afeitado y con aspecto de marino retirado, repitió:

—¿Crichton? No está.

Una puerta comunicaba con el bar.

—Le esperaré allí —dijo Kimber, dirigiéndose al bar.

El lugar era vulgar y sin truculencias. Pidió un whisky. No era de primera, pero con soda, quitaba un poco la sed.

Notó que tenía la frente sudorosa, pese a que no había calefacción en el bar.

Lo atribuyó a la tensión de la espera. Aunque el barman no parecía propenso a charlar, decidió tratar de ver si obtenía informes sobre el misterioso Lloyd Crichton.

En aquel mismo instante, la puerta que daba a la calle se abrió. Una pelirroja de formas opulentas entró algo vacilante. No estaba del todo ebria, pero hablaba sola.

—¡Hala, lárgate! Eso es lo que me ha dicho el muy marrano. Hablarme así a mí, ¡hay que ver!

El barman se limitó a colocar ante la pelirroja un vaso de cerveza negra. Kimber comprendió que era una dienta conocida.

—Se cree alguien, el muy guarro. Pues sí que…

Hizo la pelirroja una pausa para vaciar el vaso de golpe, y se secó la boca con el dorso de la mano.

—¡Tratarme así, a mí! Voy a subir a decirle unas cuantas verdades al muy cerdo

Se iba sin pagar. El barman la interpeló:

—¡Eh! Medio chelín.

Se volvió ella llegando a la puerta comunicante con el hotel:

—¡Paga Lloyd la cuenta! Otras pagará. No se librará de mí tan fácilmente.

¿Lloyd? Levantándose, Kimber, que ya había pagado, siguió a la pelirroja. La vio pasar ante el viejo recepcionista, sin hablarle. Kimber ondeó la mano al pasar. El viejo encogió los hombros.

La pelirroja subía una escalera y entraba en un corredor estrecho y oscuro. Se detuvo ante la tercera puerta, intentando, sin éxito, abrirla.

Gritó:

—¡Lloyd, abre, demonios!

Y con voz melosa agregó:

—Querido, ábrele a tu chatilla. Ábrele a tu Lulú.

Kimber dejó transcurrir medio minuto. Se acercó a la puerta.

—¡Vamos, Lloyd! Abre la puerta, córcholis.

La pelirroja hipó sorprendida. Un colchón metálico chirrió, y se oyeron pasos. Se entreabrió la puerta, y una silueta maciza, de anchos hombros se destacó sobre el fondo iluminado de la habitación.

Aquellos hombros los identificó prontamente Kimber. Cuando un individuo le asesta a uno en la cabeza un matracazo, es difícil olvidarlo a las veinticuatro horas.

Gruñó Lloyd Crichton:

—Ya te dije que no volvieras a poner más los pies aquí, so loca. ¿Qué nuevo lío te traes? ¿Y quién es ese fulano?

Lloyd había retrocedido un poco, y Kimber percibió que también Lloyd le reconocía. Las cosas se iban a complicar. La pelirroja parecía haber perdido el uso de la palabra. Dijo Kimber:

—Hola, Lloyd. Tenemos que hablar, creo. Con tu permiso.

Entró, y la pelirroja se deslizó tras él. Lloyd cerró la puerta.

—Como habitación es una birria —comentó Kimber—. Casi es para pensar que hoy no valen nada cincuenta mil libras.

—Déjate de rodeos, Jim. ¿Quién te envía, Jack?

—Llámame Al. Nadie me envía. Se me ocurrió a mí solo.

—Pues deberías desconfiar de las ideas que se te ocurren a ti solo, chico.

Kimber había localizado visualmente la automática bajo la chaqueta, a la altura del cinto.

—Oye, Lloyd, así, confidencialmente, y entre nosotros. No sé cómo fuiste a meterte en los turbios asuntos de Mason, pero, la verdad, es que no me parece muy generoso Mason.

—¿Y quién es Mason?

—Un tipo impresionable, nervioso. Yo, en tu lugar no me sentiría a gusto, trabajando con un tipo así de asustadizo. Me da el pálpito que tiene la conciencia muy negra. Hasta casi aseguraría que habla durante sus pesadillas.

La pelirroja indagó roncamente:

—Querido, ¿quién es ese mozo?

Recomendó Kimber:

—Un momento, moza, que soy yo el que está hablando con el caballero. Para empezar, Lloyd, dime dónde está Arnold Adler.

La frase era una mecha. Hasta entonces, Lloyd titubeaba. Ahora ya iba a entrar en acción Su diestra se hundió rápidamente en la abertura de solapas hacia la culata.

Pero Lloyd apenas tuvo tiempo de palpar la culata.

El rodillazo en el estómago, seguido del empujón de plano en la frente, le proyectó de espaldas contra la cama, y la automática voló lejos de su alcance.

Un hombre aprendía muchas cosas ganándose pagas por las selvas africanas.

—Magnífico —aprobó Kimber—. Me agrada ver a los tipos amables distenderse, relajarse, tumbarse.

—Querido, ¿te duele? —baló la pelirroja.

—Tú cierra la boca —gruñó Lloyd dándose masaje en el estómago, mientras se sentaba en la cama.

—Querido, ese hombre me huele a inspector. Seguro que viene en nombre de la ley.

—¡Te he dicho que cierres la boca, borrica!

—¡Y yo te dije que te enredarían! ¡Eso es lo que ha pasado!

Alzó Kimber la zurda.

—Orden en la sala, pareja.

Ambos miraron la diestra del visitante. Empuñaba la automática.

—Préstame tu atención, Lloyd. Mason es abogado. Se las sabe todas. Si las cosas se estropean, tú le sirves de chivo expiatorio. La operación era sana. Se compra por cuatro cuartos una propiedad hipotecada. Meses después se vende la finca por cincuenta mil

libras a míster Garvin. ¿Cuándo descubrió Garvin la estafa? No sé por qué se me antoja que tú sabes manejar muy bien el atizador…

—¡Ey, ey! —bramó Lloyd poniéndose en pie—. ¡De eso del atizador ni hablar! De eso sí que no me puede acusar nadie.

—Quieto, galápago. No des un paso más o te atizo con la culata o con el cañón. Elige.

Lloyd se quedó quieto. La pelirroja vino a su lado.

—¿Dónde está Adler? —preguntó Kimber.

—No lo sé, y, además, te puedes ir al diablo con tus preguntas. No diré ni media palabra más.

La pelirroja murmuró asustada:

—Te va a llevar a la comisaría, querido.

—¿Ese? No es policía, ni de lejos. Es un… un indeseable.

Sonrió Kimber. Había hampones brutos que le hacían más gracia que los abogados finos.

Hizo oscilar la automática, señalando con ella un gran armario que tenía una llave al exterior.

—Me da mucha pena ver que estáis de morritos, pareja. Los tórtolos siempre quieren reconciliarse, si les facilitan el medio de quedarse solitos. Conque, ahí dentro, los dos.

La pelirroja quería reconciliarse. Lloyd, no.

Meneó la cabeza en negativa y a la vez como si se dispusiera a embestir.

Soltó Kimber el seguro con el pulgar y dobló el índice.

Aquel gesto convenció plenamente a Lloyd Crichton.

Penetró en el armario donde ya le aguardaba la pelirroja Lulú. Cerró Kimber, tirando la llave sobre la cama.

Tendría tiempo sobrado de emprender la retirada antes que viniesen a liberar a la pareja.

Sabía que Lloyd no hubiese hablado, por dos razones. Porque era muy bruto, y porque sabía pocas cosas importantes.

Fuera, la noche empezaba a diluir las últimas sombras del atardecer. Condujo Kimber hasta un garaje que le pareció lo bastante propicio. Desde la ventanilla arrojó al río la pistola de Lloyd.

No le interesaba, en caso de ser apresado, que le encontrasen encima un arma que disparaba tal vez proyectiles cuyo calibre podía ser el mismo de alguna bala extraída de algún cadáver.

Se aproximaba al cruce de la calle y se disponía a virar, cuando vio el coche patrulla. Un patrullero parado ante el bar, en cuyo primer piso estaban las habitaciones que ocupaban Maryan y él.

No viró. Siguió reciamente al frente, contorneó una manzana y se detuvo en una callejuela. Apeándose, siguió a pie hasta la esquina. Había un grupo. Chiquillas, unas comadres, dos descargadores.

Comentaban. La policía registraba las habitaciones. Aquel otro coche era de la Criminal. Un inspector y sus ayudantes.

También estaban registrando.

Uno de los chiquillos parecía bien informado. Le agradaba ser escuchado sin que le interrumpiesen con un tortazo.

—…Me lo dijo Frankie, y lo sabe bien, puesto que es el pinche. Buscan a un asesino y a su novia. Una chica riquísima. Y el inspector parece ser que se enfadó al enterarse que la chica se había largado por la escalerilla del patio…

No le hacía falta escuchar más. Fue hacia una cabina telefónica, marcando los números de Lorna Blondel.

No, ella no sabía nada de Maryan. ¿Creía que ella vendría a buscar refugio en su estudio? Bien, ¿por qué no venía él?

—Vendré apenas pueda. Si asoma Maryan búscale un escondite más seguro que tu casa, Lorna. Recuerda que fue cerca de tu casa donde me atizaron. Te llamaré luego.

Colgó. Tenía que comunicarle a Rebeca Garvin la novedad. Y explicarle lo referente a Lloyd Crichton y su complicidad con el abogado Mason.

CAPÍTULO XI

ALEX KIMBER paró el coche al final de la alameda que conducía a la casa de campo de los Garvin. Subió la escalinata, y llamó al timbre.

Vino a abrirle el caballerizo de la mañana. Esta vez vestía pantalón negro y chaleco amarillo a rayas, pero seguía ostentando la misma cara de dogo.

Le precedió hacia la biblioteca. Al franquear el umbral, Kimber tuvo el presentimiento de que le esperaba una sorpresa desagradable. Sin embargo, estaba lejos de hallarse preparado para el panorama que se ofreció a su vista.

La estancia seguía siendo suntuosa, acogedora, y las llamas del fuego de troncos bailaban alegremente en la chimenea.

Las lámparas de pie, dispuestas con arte, difuminaban una suave luz. Todo contribuía a crear un ambiente confortable, íntimo.

Rebeca Garvin abandonó su sillón para acudir al encuentro del visitante. Vio entonces Kimber al abogado Mason, indolentemente reclinado en el diván.

Junto a Percival, casi acurrucada contra él, estaba Maryan.

Alex Kimber creyó ver las paredes oscilando. Sintió un extraño pinchazo en el corazón. Tenía la impresión de que Manyan, cuya cabeza se apoyaba en el hombro de Mason, ronroneaba como una gata.

—Le esperábamos —dijo Rebeca—. No sé si conoce a Percival Mason, el novio de mi hija.

Mason se incorporó repentinamente, crispados los puños.

—Tranquilo, Percival —aconsejó Rebeca—. No vayas a dar un espectáculo, hombre.

Mason pareció calmarse. Kimber, poco a poco, recuperaba la normalidad de sus sentidos. Esbozó una mueca irónica.

—Vamos a ver si logro sacar algo en claro en todo este embrollo. ¿Qué papel se supone que he desempeñado yo?

La pregunta no se dirigía a nadie en particular, pero la mirada de Kimber no se apartaba de Maryan. Ella bajó los ojos. Había vuelto a ser la joven del Black Corner, la del abrigo de visón y el perfume especial.

Mason se dirigía hacia la puerta. Preguntó Rebeca:

—¿Adónde vas?

—A telefonear a la policía. Me parece que ya llegó el momento de actuar…

—Aguarda. Escuchemos primero lo que vino a decirnos Kimber.

—Nada nuevo. Le expliqué esta mañana casi todo lo que sabía. Pero lo que no comprendo es lo que haces tú aquí, Maryan.

—Mi hija —intervino Rebeca— afirma que usted la secuestró desde la misma noche en que asesinaron a mi marido.

Una sonrisa desdeñosa crispó el rostro de Kimber. Ya nada podía sorprenderle.

—¿Eso es todo?

—¿Le parece que no basta? —silabeó Mason—. Si lo desea, Maryan podría dar precisiones a propósito del crimen.

—No me extrañaría nada —aseguró Kimber—. Pero, ¿qué aprendería usted de nuevo, Mason, a menos de ser amnésico?

Maryan mentía, pero aunque no hubiese sido así, ¿cómo podría él demostrar que no había podido matar a Cedric Garvin?

—¡No quiero detalles! —exclamó rabiosamente—. Me imagino de sobras la historieta que contó Maryan. La misma que ya le sirvió y que se inventó para demostrarme que usted era el asesino, Mason.

—¡Miente usted!

—Claro que miento. Todo el mundo miente aquí. A lo mejor, ni siquiera hubo asesinato. Tal vez todo fue una invención que le brotó del seso a Maryan… Adora los cuentos tártaros esta muchacha. Pero, a propósito, cariño, ¿no le comunicaste a tu mamá la gran noticia?

Ahora que Maryan ya no se apoyaba contra Mason, parecía muy pequeña. Fijó en Kimber una mirada implorante.

—¿La gran noticia? —repitió Rebeca—. ¿Cuál es esa gran noticia?

—¿No dijiste nada, muchacha? Tu madre tiene derecho a

saberlo, caramba. Claro que no aprobará un matrimonio tan precipitado. Tampoco le agradará saber que me diste una dote de dos mil libras. Pero, yo tampoco apruebo tu silencio, mujer.

Hubo un momento de estupor. Maryan estaba muy pálida. Exclamó:

—¿De qué matrimonio hablas? No comprendo nada de lo que dices. Casi me pregunto si no estás loco.

Mason chilló:

—¿Qué insinúa este hombre? ¿Qué es esta historia de boda?

—No lo sé —confesó Kimber—. O mejor dicho, creía saberlo, pero ya no estoy seguro de nada.

Sugirió Maryan:

—El testimonio de una esposa contra su marido no es válido legalmente. Eso debe ser lo que él pretende. Un disparate.

Kimber sentía náuseas. Nunca supuso que se podía mentir tan aplomadamente. Intervino Rebeca:

—¿Afirma usted haberse casado con mi hija?

—Perdón, perdón. Es ella quien lo aseguró. Lo que yo sé, fue ella quien me lo explicó. Yo, en aquellos momentos, estaba en plena neblina. Más claro, en plena borrachera.

—En aquellos momentos… —insistió Mason—. ¿Los de la supuesta boda? Ha de ser fácil demostrarlo, Kimber.

—Pues no. Nunca le pedí la licencia de matrimonio. La creí. Solamente me preocupó hallar al asesino de Garvin…

—¡Mentira! —afirmó Maryan—. No hubo tal boda.

Aseguró Mason:

—Lo mejor es llamar a la policía.

—Exacto. Por una vez estoy de acuerdo, abogado —dijo Kimber.

Sorprendido, titubeó Mason. Y ya cansado, agregó Alex:

—Que venga la policía, la Prensa entera, la televisión y demás medios publicitarios. Estoy ya harto.

Intervino Rebeca:

—Comprendo. En resumen, un vulgar chantaje. ¿Cuánto, Kimber? Pero piense que podemos negarnos a pagar.

—Ya sé que estoy comprometido, pero he llegado a la misma conclusión que Mason con su amigo Lloyd, también. Y puestos a suponer que necesito dinero, lo cual es verdad, siempre me queda el recurso de vender a los periódicos un relato adornado de mi luna de

miel con la heredera fugitiva.

—¿Cuánto pides? —preguntó, furiosa, Maryan.

—¿Cuánto ofreces?

—Dos mil libras.

—Esta cantidad, querida, podía bastarme la semana pasada, cuando yo todavía era joven e inocente. Calculo que me hará falta por lo menos el doble para olvidar todo lo que sé, y para anular el monigote en que me convertiste. Cuatro mil libras, nena.

—¡Págale lo que pide, Percival! —chilló Maryan—. Ya no tengo más que un deseo. No volver a ver nunca más a este hombre.

Maryan Garvin atravesó la estancia y salió haciendo restallar la puerta. Le extrañó a Kimber la extraña idea que se le ocurría. Ir tras ella, exigirle más explicaciones. Era demasiado fácil eso de jugar con un hombre y luego, cuando las cosas iban mal, firmar un cheque.

Pero, ¿para qué seguir?

—Ya oyó, Mason. Págueme y me voy.

—¿Se figura usted que me paseo con cuatro mil libras encima?

Sugirió Rebeca:

—Tal vez Alex acepte un cheque.

—Ni hablar. Quiero cobrar en efectivo. Los bancos abren a las nueve de la mañana. Nos veremos… espere un momento.

Había olvidado ya el estudio que Lorna le había alquilado. Estaba pagado por un mes, y tenía la llave en el bolsillo.

Anotó la dirección, tendiéndola a Mason:

—Cada media hora parte un tren para Liverpool o Manchester. Apenas me traiga el dinero, cogeré el tren. Pero ha de ser usted quien me traiga el dinero. No me envíe a ningún amigo suyo.

—Bien. De acuerdo. Voy a ver qué hace mi novia. Parecía muy trastornada.

—A lo mejor está preparándole unos funerales de primera —sugirió Kimber.

Ya no quedaba en la sala más que Rebeca. Se dispuso Kimber a irse.

—Aguarde un momento, Alex. Deseo hablarle. Usted está enamorado de Maryan. Creo que de verdad se casó con ella.

—Si usted lo cree así, sabe más que yo.

—Sigue siendo cierto un hecho. Usted ama a Maryan. Y un

hombre enamorado nunca actúa sensatamente.

—Nunca obré sensatamente en toda mi vida, ni en negocios, ni en el plan sentimental. Actualmente, he cerrado un trato con Mason, y si no lo cumple, desencadeno todas las potencias infernales. Estoy harto de perseguir y sentirme perseguido. Me pondré a gritar mi historia hasta por los tejados y ya veremos lo que sucederá.

—No se preocupe. Recibirá el dinero. Es preferible pagar y que determinadas cosas sigan siendo secretas. ¿Le intrigo, Alex?

—Muchísimo.

—Ya se ha dado cuenta de lo inestable que es Maryan. Esto nos inquietó mucho a su padre y a ni. No fue por un ataque al corazón que Cedric alquiló el piso en Londres. Fue víctima de un atentado, torpe y pueril. Prefirió alejarse hasta que Maryan recobrase su equilibrio nervioso.

—¡Pero, Maryan quería a su padre!

—Sin duda alguna. Y hasta creo posible que le haya amado a usted. Es lo que me esfuerzo en hacerle comprender, Alex. No se tome todo esto demasiado en serio. Es aún demasiado joven para dejar que esta aventura le arruine la existencia. A propósito, ¿tiene un revólver?

Todo era sorprendente, y aún más la última pregunta.

Abría Rebeca el cajón de un secreter, y extrajo una «Luger».

—Era de mi marido. La guardaba siempre cargada por temor a los posibles ladrones. Tómelo.

—Pasearme con esta herramienta puede traerme disgustos.

—Exacto. Pero me pregunto si mi marido no estaría en vida, si hubiese tenido esta arma en su despacho en vez de dejarla aquí.

—No acabo de comprenderla.

—He observado a Percival. Usted estaba demasiado ocupado en contemplar a mi hija. Percival tiene miedo, y el miedo puede hacer peligroso a un hombre, cuando se siente acorralado. Y si sospecha que usted puede estar casado con Maryan, lo cual creo es cierto, su posición no es envidiable, Alex.

Le tendió la «Luger». Kimber titubeaba. Dijo ella:

—No es que me importe que la acepte o no. Yo le aconsejaría que renunciase a las cuatro mil libras y que se fuera de Londres esta misma noche. ¿Lo hará?

—No.

—Me lo imaginaba. Ya estoy acostumbrada a que no hagan caso de mis consejos.

Kimber se decidió:

—Gracias por el revólver. Adiós.

* * *

Alex Kimber esperaba al abogado Mason. Tendido en el diván, miraba al techo, pensando en los últimos días, cuando Maryan cocinaba lo único que sabía: huevos fritos y jamón.

¿Qué diablos de particular y extraordinario tenía Maryan? Nada que no tuviera otra mujer. La misma Lorna, valía tal vez más. Quizá sería agradable invitar a Lorna a ir a pintar por la Costa Azul…

Bruscamente se incorporó. Una llave giraba en la cerradura. Pero la puerta no se abría. Se aproximó y tras la puerta, escuchó. Le pareció oír una respiración. La suya.

La puerta se abrió al fin. Kimber tiró de esta brutalmente permaneciendo fuera del haz luminoso. No había nadie en el rellano.

Sin embargo, alguien había introducido una llave en la cerradura, y esta persona no podía estar lejos.

Exasperado, gritó:

—¡Maryan! ¡No juegues al escondite conmigo, maldita sea!

Como un reto, el peculiar perfume de Maryan invadía el ambiente.

Saliendo, escrutó, pistola en mano, el oscuro corredor.

Surgió de pronto Percival Mason encañonándole. El índice de Mason presionaba el gatillo. Una, dos, tres veces

No surgió ningún disparo.

Mason retrocedió aterrorizado, como un hombre que de pronto comprende algo horroroso, pero ya demasiado tarde. Frente a él también tenía un revólver Kimber, pero cargado.

Sospechando algo sin saber exactamente qué, arrojó Kimber con fuerza la «Luger» y se precipitó hacia la puerta de la cocina. Trataba de abrirla, cuando oyó el disparo. En el corredor.

Recordó entonces la extraña expresión del rostro de Mason. Todo resultaba ahora claro. Escuchó y oyó el taconeo precipitado de una mujer huyendo escaleras abajo.

Salió al corredor. No vio a nadie. Hasta la «Luger» había desaparecido.

Pero el cadáver de Percival Mason yacía atravesado en la escalera.

Y el perfume de Maryan Garvin flotaba en torno.

CAPÍTULO XII

—DEJA ya de divagar, Alex. Siéntate, hombre.

Kimber respingó mirando como alucinado a Lorna Blondel. ¿Qué hacía ella aquí? Comprendió que era él quien estaba en el estudio de ella, y no a la inversa.

La pesadilla. La huida por las callejas oscuras y húmedas, entre la neblina. El silbato policial. Y el cadáver de Mason en la escalera.

—Quedaron mis huellas dactilares en la pistola. El arma desapareció, pero mis huellas están ahí.

—A lo mejor Mason no fue asesinado con la «Luger».

—No lo entiendes, chica. Alguien lo arregló todo para que Mason fuese eliminado… precisamente con la «Luger».

—Bebe. Te hará bien. Tocas las castañuelas con los dientes.

Bebió. Lorna era inteligente, pero no comprendía que un hombre pudiera temblar por otra cosa que no fuera frío.

—Si hubieses visto el rostro de Mason cuando su pistola no disparaba.

—Puede que se encasquillase.

—La descargaron sin que se enterase. Está claro. Ella ya no le necesitaba. Ya había hecho la faena sucia. Ya no le necesitaba como tampoco a mí. Ella hereda, y a mí me envían a la horca.

—Cálmate. No intentes volverla a ver. No hagas el idiota.

—Es que soy un idiota.

—No tienes ninguna prueba contra Maryan. Al fin y al cabo, no la viste.

—Por esto quiero verla de nuevo. Para estar seguro.

—¿Y después?

—¿Después…? Me importará todo un comino.

Se dirigió hacia la puerta:

—Otra cosa que no entiendo, Lorna. Tu papel en todo eso. ¿Por

qué me has ayudado siempre?

—Mi vida es algo aburrida. Necesitaba algo emocionante para escribir en mi diario.

* * *

La mansión estaba sumida en la oscuridad. Solamente dos ventanas arriba, tenuemente iluminadas.

Si pudiese recomenzar su vida, se haría ratero de casas de campo. Es tan sencillo… Siempre se olvidan de echar un pestillo o cerrar una ventana.

Fue avanzando por la oscuridad. Lo agradable en una mansión de gente rica es que nada cruje ni rechina. Por todas partes alfombras.

En su dormitorio del piso alto, Maryan sentada ante el espejo del tocador, se cepillaba los cabellos. Vestía un salto de cama, sutil, color violeta, irreal como sus ojos.

Manipulaba el cepillo de plata con movimiento maquinal, perfecto. Repentinamente, su mano en alto se inmovilizó.

Por el espejo veía avanzar a Kimber que le quitó el cepillo.

—Alex…

No había gritado. Simplemente pronunció su nombre. Kimber la miraba. Nunca un monstruo le había parecido tan precioso.

—¿Cómo se llama tu perfume? ¿Algo así como «Beso Mortal»?

—¿Qué… haces aquí? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Percival?

—Te consta, ya que le alojaste una bala en la cabeza.

—¡Estás loco! ¡No es verdad!

—No te inquietes. Nadie sabrá jamás que lo mataste tú. El arma lleva mis huellas. No apreté el gatillo, como suponías, pero empuñé la culata. Y yo tenía más probabilidades que Mason puesto que mi revólver estaba cargado

Kimber dejó el cepillo y cogió de uno de los frascos de cristal tallado el largo tapón puntiagudo. Aspiró el penetrante perfume.

—Debería sentirme halagado. Por lo menos a mí me dejaste unas horas más de vida.

—¡No entiendo una sola palabra de lo que cuentas! ¡No me he movido de aquí en todo el día! ¡Es la verdad!

—¿La verdad? ¿Qué sabes tú lo que es la verdad?

—Ya sé lo que piensas. Por lo que anoche pasó… crees que

siempre te mentí. ¿Es que no lo entiendes? ¿Todavía no comprendes? Tuve que mentir ayer, porque cometiste el error de mencionar nuestra boda. Si hubiesen creído que estábamos realmente casados, tu vida no valía ni un penique. Ya no hubieras sido sino un obstáculo más que Mason hubiera hecho desaparecer.

—Y por esto acudiste a precipitarte a los brazos de Mason.

—Tenía que explicarle… hablarle, convencerle…

—Claro, tenías que domesticarlo para que no te traicionase, cuando se presentara la policía. Era preciso impedirle que confesase quién le impulsó a matar a Garvin. ¿Qué le prometiste, preciosa?

—¡Es horrible eso que dices! ¡Es mentira!

—¡Se acabó todo! ¿Qué hiciste con el revólver? ¿Dónde lo has escondido? Como digas una sola mentira más, como hay infierno, que te machaco a golpes.

Su puño se había crispado sobre el largo tapón de cristal.

Y fue entonces cuando ella dijo con profundo asombro:

—¿El revólver? ¿Qué revólver? Ni siquiera sabía yo que tuvieras un arma.

* * *

Tras el grito de Maryan, la casa quedó en silencio nuevamente. Alex Kimber se inclinó sobre el bulto sedoso y violeta que formaba el cuerpo de Maryan en la alfombra.

Aguardaba a que se truncase de nuevo el silencio. Oyó los pasos por el corredor. La puerta se abrió lentamente.

Rebeca Garvin apareció. Contempló a Kimber, el tapón de cristal ensangrentado en su mano, y Maryan en la alfombra.

Lo que Kimber veía era la «Luger» que Rebeca empuñaba.

Pese a todo, no pudo evitar reír. Aquel revólver no tenía nada de cómico, pero no podía dejar de reír como quien muerde un limón muy ácido.

Lo había adivinado todo, menos una cosa. Era Rebeca y no Maryan la que armó a Mason para asesinar a Garvin. Fue esta y no Maryan la que había tramado aquella magnífica emboscada para Mason y para él mismo. Y para Maryan.

—No te muevas, Alex.

Soltó Kimber el cristal ensangrentado.

—¿Está muerta?

—No lo sé. ¡Cristo! Tú, su propia madre… Ahora comprendo por qué tenía miedo de volver a casa.

—¿Por qué te escandalizas? Después de todo, la querías y la has matado.

—Y supongo que ahora me toca el turno a mí.

—Tu turno llegará a su debido momento. La justicia se ocupará de ti. Ahora esperaremos al comisario. Le he telefoneado antes de subir.

Avanzó Rebeca un poco. El perfume tan peculiar de Maryan flotaba en torno a su madre.

—Te esperaba desde el mismo momento en que metí la llave en tu mísero pisito. En cierto modo, te pareces a Percival. Impresionable… Supe también lo que haría Percival al ver el informe del detective sobre el despacho de Cedric, y también calculé lo que haría hoy…

—Eres muy lista, Rebeca. Y ahora, ¿qué esperas? ¿Que me confiese autor de tres asesinatos?

—Con uno bastará. Le explicaré al comisario que soltaste este revólver para abalanzarte como un bruto sobre Maryan. Pude recogerlo y tenerte a tiro hasta que llegue la policía. A menos, claro, que prefieras huir…

—Claro… ¿Qué valdrán las declaraciones de un mísero Alex Kimber contra las de mistress Garvin?

La vio dirigir la mirada hacia Maryan. Dijo:

—Debe ser atroz ansiar hasta tal punto tener dinero… Casi me das pena, Rebeca, aparte de asco.

Rebeca miraba frunciendo el ceño el cuerpo encogido de Maryan. El resplandor que destelló en sus grises ojos le avisó a Kimber que ya era el momento de actuar.

Un faro barrió la noche. Un coche subía por la alameda. El comisario llegaba demasiado tarde.

Alex Kimber se abalanzó contra el revólver en el mismo instante en que brotaba el fogonazo del disparo.

* * *

Todo eran tinieblas. Poco a poco, se filtraba la luz. Primero sintió Kimber el dolor en el costado, como un remache de fuego.

Luego vio un techo, y por fin un individuo de ojos azules, de

hielo, de mechón gris bajo el ala de su sombrero impermeable.

—Hola, Kimber. Encajó bien el golpe. ¿Me conoce?

Cerró Kimber los ojos, porque no podía mover el brazo derecho, y le había dolido. Murmuró una imprecación al volver a abrir los párpados.

Era el inspector Drumond el que estaba allí, inclinado sobre él. Le habían extendido sobre la cama de Maryan.

—¿Desde cuándo le ascendieron a comisario?

—No hay tal ascenso. Simplemente recibí una invitación para acudir a esta pequeña reunión familiar. Una artista del pincel, una tal Lorna Blondel me telefoneó, avisándome que un romántico idiota había ido a meterse en pleno avispero y que se trataba de intentar sacarle del atolladero.

Sacó del bolsillo la hojilla de la libreta de cuentas del detective Arnold Adler que Kimber la había enviado anónimamente.

—Para ser investigador, es usted algo ingenuo, Kimber.

Era curioso. Los ojos azules ya no eran de hielo, cuando el inspector sonreía.

«Debo estar muriéndome —pensó Kimber—, y es por esta razón que este sabueso se muestra tan amable.»

Todo le volvía bruscamente a la memoria y trató de incorporarse para mirar en torno. La mano de Drumond le contuvo, pero ya había tenido tiempo de ver lo único que le interesaba.

Maryan.

—Poco a poco, muchacho. No tardará en venir la ambulancia —manifestó Drumond—. Ya sé que es difícil matar del todo a un apasionado aventurero sentimental.

—¿Y Rebeca?

—Está en buenas manos, como lo habría estado hace días, si no le hubiese dado a usted por jugar a policías. Ya sé, ya sé lo que opina. Que soy un cretino de polizonte. Pero todavía le quedan cosas por saber. Por ejemplo, ¿sabe que han pescado el cadáver de Arnold Adler relleno de plomo del nueve corto?

—Yo sé quién es el dueño del nueve corto. Métale mano a un tal Lloyd Crichton y le contaré el resto.

—No me diga… ¿No llegó más lejos en sus pesquisas? Hay otra cosa que ignora. Adler solamente se ocupaba de asuntos de divorcio.

—Ya… ¿Mason y Rebeca?

—Claro, hijo. Evidentemente, Rebeca hubiese podido ser la madre de Mason, pero qué importan unos años más o menos… Ella le necesitaba para hacer juegos de manos con el dinero de sus supuestas obras de caridad. Y él contaba con ella para pagar sus lujos. En determinado momento, Cedric Garvin se dio cuenta y decidió que el informe de Adler le serviría para librarse definitivamente de ella y del abogado. El resto, podrá leerlo en la Prensa.

Drumond hacía rodar entre sus dedos un objeto brillante cubierto de sangre. Se estremeció Kimber. Era su propia sangre. Recordaba cómo se había hecho un corte en el antebrazo.

Drumond parecía satisfecho:

—No estuvo mal para un aficionado, muchacho. Simular un asesinato para pescar a la asesina en la neblina. Hubo una pega, sin embargo. En la jugada pudo usted dejar la piel y también la de Maryan.

—Pero estoy vivo. Y dio resultado.

—Una puesta en escena formidable, Kimber. ¿Por qué no intenta que le contraten en los estudios Rank?

Kimber cerró los ojos. Ya no quería hablar más. Quería repasar mentalmente los detalles para hallar el hilo. Rebeca y Mason. Esta era la clave.

En todo aquel plan, Maryan no figuraba. Tuvo miedo, huyó… Los culpables eran Mason y Rebeca. No Mason y Maryan.

Y ella estaba muy deliciosamente viva. La suerte quiso que comprendiese a tiempo que solamente la persona que había matado a Mason podía saber dónde estaba el revólver.

Por eso apremió a Maryan para que se tendiese y gritase.

Estremeciéndose, abrió los ojos.

Drumond había desaparecido.

Y Maryan, pálida, ojerosa, preparaba unas franjas de algodón empapándolas en alcohol, junto a la cama. Como si aquello pudiera sacarle el plomo de su costado…

Pero ella era así.

Cuando todo se desplomaba en torno a ella, siempre encontraba algo qué hacer; bailar, o empapar algodón en alcohol.

Y como si fuera algo también muy natural en ella eligió aquel

momento para tirar lejos el algodón y apoyar su cabeza contra su pecho, sollozando suavemente, sonriendo, balbuciendo algo que sonaba a música melódica de primera.

—Te quise desde que comprendí que solamente contigo me sentía a gusto, como protegida, Alex.

—Te quise desde que comprendí que eras todo un caso, chica.

—¿Yo?

—Claro, cariño. Has esperado a caer entre mis brazos, precisamente cuando solamente dispongo de uno válido, córcholis.

FIN